

El diálogo¹

1. SIGNIFICADO Y ETIMOLOGÍA DE LA PALABRA "DIÁLOGO"

Las lenguas sólo existen en la conversación, en el diálogo de los hablantes. Lo que se nos da en las gramáticas y en los diccionarios son disecciones, petrefactos. "Se olvida demasiado que todo auténtico decir no sólo dice algo, sino que lo dice alguien a alguien. En todo decir hay un emisor y un receptor, los cuales no son indiferentes al significado de las palabras. Este varía cuando aquellos varían. *Duo si idem dicunt, non est idem*. El lenguaje es por esencia diálogo, y todas las otras formas del hablar depotencian su eficacia"². El *Diccionario* de la Real Academia Española, nuestra máxima autoridad en el idioma, da esta definición de diálogo: "plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos". La palabra se compone de dos elementos, *diá* (a través de, de un lado a otro) y *lógos* (razón, palabra). Dialogar es "hablar a través de algo", el hablar que pasa de uno a otro, conversar dos o más personas entre sí. Pero el diálogo puede ser, y así lo entendemos aquí, algo más que conversar, algo más que comunicarse entre sí dos o más personas.

En el diálogo (y en la conversación en general), se manifiesta la condición del hombre como relación recíproca. Por él se insertan los interlocutores en un mundo común, incluso cuando no están de acuerdo; salen de sí mismos y se abren a otros, aunque sea como enemigos. El *lógos* (razón y palabra) no es algo aparte del hombre. Es algo del hombre, de *este* hombre y no de otro. Las ideas son siempre de alguien. Es su vida entera la que hay que tener en cuenta para entenderlas. Los argumentos son siempre argumentos de un hombre, de *este* hombre; pero, a su vez, van dirigidos a otro hombre, a otro hombre *concreto*. Argumentos de hombre a hombre. Para entenderlos hay que tener en cuenta *quién* los dice, *a quién* se los dice, el *contexto* en que los dice, la *lengua* en que los expresa, el *registro* empleado... "El decir, el *lógos* es, en su estricta realidad, humanísima conversación, *diálogos*, *argumentum*

1. Cf. José VEGA, *La comunicación*, en *Estudio Agustiniano* 34 (1999) 107-142.

hominis ad hominem. El diálogo es el *lógos* desde el punto de vista del *otro*, del prójimo"³.

Son hombres concretos los que dialogan. Hombres con sus ideas y creencias y sus deseos y proyectos y sus afectos y circunstancias, en su individualísima realidad; no seres desligados del cuerpo, fuera del tiempo y del espacio, espíritus puros. De ordinario se olvida esto, pero no por ello deja de ser realidad. "La filosofía es un producto humano de cada filósofo, y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres de carne y hueso como él. Y haga lo que quiera, filosofa, no con la razón sólo, sino con la voluntad, con el sentimiento, con la carne y con los huesos, con el alma toda y con todo el cuerpo. Filosofa el hombre"⁴. En términos orteguianos, es la razón vital la que piensa y dialoga: una función vital como cualquier otra.

2. ELEMENTOS DEL DIÁLOGO

En el diálogo (y en la conversación en general), "dos o más personas manifiestan alternativamente sus ideas o afectos", dice la definición académica. En el diálogo, hay, al menos, un hablante y un oyente, que alternativamente cambian de papeles, haciéndose el hablante oyente y el oyente hablante, y que manifiestan con palabras lo que piensan y sienten, su mundo interior, en suma. Podemos, pues, distinguir en él estos elementos: el oyente, el hablante y los enunciados.

2.1. *El oyente*

El niño comienza por ser *oyente* de la palabra. Ella le va introduciendo en el mundo de los adultos, en la interpretación que ellos hacen de la realidad, en su visión del mundo. Es la palabra que alguien le dirige a él, exclusivamente a él; la palabra que le llama por su nombre, que le va nombrando las cosas más elementales, que le nombra a los suyos. Por la palabra repetida cosas y personas van quedando para él deslindadas, individualizadas, estructuradas. Por la palabra se va haciendo consciente de sí mismo, y aprende a distinguir cuándo le llaman a él. Por la palabra, aunque no solo por ella, va

2. José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, Espasa-Calpe, Madrid 1966¹⁷, 10.

3. Id., *Prólogo para alemanes*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1974, 15.

4. Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, Espasa-Calpe. Madrid 1993, 71.

tomando posesión de la cultura sedimentada durante siglos, instalándose a la altura de los tiempos, socializándose, enculturándose.

El niño no accede a la palabra por sí mismo. La palabra viene a él en el ámbito de una relación personal, en el encuentro con alguien que le habla. La relación no es, pues, algo accidental en la aparición de la persona y en su desarrollo, en la génesis del yo, sino algo esencial. Es el espacio en que puede vivir una existencia humana. Humanamente, todo comienza por una dependencia, la de la vida que otros nos dan, y sigue en continuas dependencias de los otros, de nuestras relaciones con ellos, tan necesarias como las primeras. Somos, constitutivamente, deudores de los otros y del Otro. Debemos serles agradecidos⁵.

2.2. *El hablante*

La palabra llama al niño, le induce a comunicarse, a responder, a entrar en el mundo de significados elaborado por la tradición. La palabra despierta en él el deseo de expresarse, de ser alguien activo en ese mundo; le convierte en *hablante*. Para hacerse hombre no basta con escuchar; es necesario responder, participar, hablar con el otro, entrar en comunicación con él. Se piensa con palabras, no hay pensamiento sin ellas, y si nuestro lenguaje es insuficiente, insuficiente será nuestro pensamiento. Antes de su formulación en palabras, el pensamiento no es más que una masa amorfa, como bien vio Saussure⁶, aunque, poseído por el asociacionismo herbartiano de los Neogramáticos, no supo sacar las debidas consecuencias; sustancia sin forma, dice Hjelmslev⁷. La palabra no se limita a ser vehículo del pensamiento, una vestidura más o menos hermosa que se le pone, una vez elaborado, como creían los cartesianos. Pensamiento y palabra son distintos, pero inseparables.

Hablar es clarificar el pensamiento, iluminar el mundo interior creado por la palabra. Lo sabemos por experiencia. ¡Cuántas veces creemos dominar

5. Sobre el sentimiento de gratitud, cf. José ORTEGA Y GASSET, *Ideas y creencias*, Espasa-Calpe, Madrid 1968⁷, 42-43; José Antonio MARINA, *Diccionario de los sentimientos*, Editorial Anagrama, Barcelona 1999, 321-330.

6. Ferdinand de SAUSSURE, *Cours de Linguistique Générale*, Payot, Paris 1978, 155-169. En español, *Curso de Lingüística General*, traducción, prólogo y notas de Amado Alonso, Editorial Losada, Buenos Aires 1955², 191-206.

7. Cf. Louis HJELMSLEV, *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Editorial Gredos, Madrid 1971, *passim*; id., *Ensayos lingüísticos*, Editorial Gredos, Madrid 1987, 140-141; Emilio ALARCOS LLORACH, *Gramática estructural (según la Escuela de Copenhague y con especial atención a la lengua española)*, Editorial Gredos, Madrid 1969, *passim*.

un tema, pero al expresarlo se nos escapa! "¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé"⁸. Si no sabemos una cosa cuando nos la preguntan, es que tampoco la sabíamos cuando no nos la preguntaban, aunque nos hiciéramos la ilusión de saberla. La pregunta nos descubre que lo que creíamos saber no lo sabemos. Solo lo sabemos cuando sepamos expresarlo, cuando la palabra vaya delineando sus perfiles netos. La experiencia es aún más intensa ante una página en blanco. La escritura va poniendo orden en el caos, precisando lo impreciso, dando forma a la nebulosa, haciendo luz en la noche.

2.3. *Los enunciados*

En el diálogo, los interlocutores se manifiestan mediante *enunciados*. En ellos puede caber todo y nada debe estar prohibido. La vida es plural, multilateral, decía Dilthey, repleta hasta los bordes de intereses. ¿Por qué limitarlos en la conversación, empobreciendo así la vida? Hablar poco y esto de temas espirituales, decían los Padres del Yermo y tras ellos todos los maestros de espíritu. ¡Hombre, no! Deportes, estudios, actividades, sucesos, política, teología, el pasado, el presente, el futuro, las dos formas, masculina y femenina, de lo humano... Cosas importantes, importantísimas; cosas triviales, trivialísimas. Lo importante es que se cumplan las condiciones del diálogo, que sea diálogo de verdad. No nos dé corte hablar de nuestras vivencias, de nuestra fe y nuestros afectos, con tal de que la conversación no degenera en un "yo-yo", siempre nauseabundo.

Los enunciados tienen contenido, pero tienen también forma. No es que contenido y forma anden separados. Como el pensamiento y la palabra, están indisolublemente unidos. "La forma es el fondo que sube a la superficie", dijo Víctor Hugo. Cambiar la forma es cambiar el fondo y viceversa. *En el silencio sólo se escuchaba / un susurro de abejas que sonaba*, dice un verso de Garcilaso. ¡Imposible mejorarlo! El poeta describe una espesura cerca del Tajo a la hora del mediodía. El fresco que llega del río y el calor que la asedia crean un torpor que adormece los sentidos. En esa dulcísima duermevela, habitada del silencio, allá al fondo de una galería en penumbra suena un susurro de abejas. Y el sueño, insistente, va ganando terreno. Cambiense los acentos, sustitúyase la palabra susurro, que con su *erre* múltiple nos trae el adormecedor zumbido virgiliano, suprimase la aliteración de las fricativas *eses*,

8. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, 11, 14, 17.

que le ponen sordina, y ¿qué nos queda del verso? Nada, ciertamente, de lo que Garcilaso nos dice⁹.

Una forma pedestre y chabacana es indicio de un pensamiento chabacano y pedestre, mal que les pese a los de prosa deslavazada y fregona, que la justifican diciendo que lo importante son las ideas. Estas son precisamente las que ellos no tienen, que si las tuvieran, les saldrían vestidas de luz y de belleza, con la fuerza que tiene siempre lo visto, que eso es la *idea*. Una petición se puede hacer con buenas o malas formas. En realidad, no es la misma petición, sino dos muy distintas. No lo olvidemos: son las personas las que hablan y se comunican, ellas en su totalidad. El significado no son solo las ideas, que no existen en estado puro. La complejidad del significado (ideas, creencias, sentimientos, deseos, afectos, sensaciones...) está hoy fuera de duda, como lo está también la del significante¹⁰. Cuidemos las formas lingüísticas del diálogo; cuidemos las buenas maneras¹¹.

3. CLASES DE DIÁLOGOS

Hay muchas clases de diálogos: diálogos en los que se coacciona al otro, diálogos en los que se le recrimina, diálogos en los que se le somete a un implacable interrogatorio, diálogos en los que se le aconseja, diálogos autoritarios, diálogos de amigos, diálogos hipócritas, diálogos de sordos, diálogos científicos, diálogos de negocios, diálogos diplomáticos, diálogos terapéuticos, en especial los practicados en el psicoanálisis para curar la incapacidad de dialogar, diálogos familiares, diálogos espontáneos, diálogos preparados con antelación, diálogos pasarratos, diálogos por el mero placer de conversar, diálogos cháchara, diálogos bulliciosos, tan frecuentes en las ciudades mediterráneas, diálogos en los que dos o más personas charlan amigablemente en busca de la verdad, o se desnudan interiormente, dejando ver el fondo de sí mismas hasta donde es lícito y posible... El diálogo en busca de la verdad y el diálogo de encuentro entre personas –pueden ir juntos–, en los que, como en todo lo humano, caben muchos grados, son los que aquí nos interesan¹².

En todo diálogo intervienen personas individualísimas, pero no siempre intervienen desde su condición de tales. Al atravesar la calle, el policía de trá-

9. Cf. Dámaso ALONSO, *Poesía española: Ensayo de métodos y límites estilísticos*, en *Obras completas*, Editorial Gredos, Madrid 1989, IX, 63-64.

10. Cf. Idem, *ib.*, *ib.*, 15-36, 403-414 y 501-502

11. Cf. *Cómo dialogar de forma constructiva*, Ediciones Deusto, Bilbao 1993.

12. Cf. Bernabé TIerno, *Valores humanos*, Taller de Editores, Madrid 1994, II, 87-102.

fico me detiene. El policía no se dirige a mí como a tal persona concreta, aunque no debe olvidar que soy persona, sino como a alguien que ha infringido la ley de circulación; y yo no me dirijo a él como a un individuo único, insustituible por cualquier otro, sino como a un policía de tráfico. Soy yo, pero podía ser cualquier otro peatón, y él podía ser cualquier otro policía. Puede ser que nos conozcamos y nos saludemos, incluso que seamos amigos, pero todo eso queda fuera del hecho por el que ahora nos relacionamos. "¿Quién manda en esta casa?", preguntó secamente un superior religioso ante cierta petición que le hizo un súbdito. "Usted", contestó este. "Pues no hay más que hablar", le replicó aquel mientras le señalaba la puerta. Aquí hubo comunicación, y con qué contundencia, desde arriba; hubo choque, pero no hubo encuentro interpersonal. El superior, al actuar así, negó incluso su propia condición de persona, y se la negó al otro.

El diálogo como encuentro no sólo se da entre personas, sino entre *tal* persona con rostro y nombre propio, sujeto individualísimo, creador y responsable de lo que hace, irreductible a cualquier otro, no intercambiable, y *tal* otra persona u otras en las mismas condiciones. En este diálogo, cada uno sale de sí mismo y va al encuentro del otro abriéndose de par en par, dejando entreabierta incluso la rebotica. Como en esos cuadros en los que vemos lo que pasa incluso más allá de ellos, porque una ventana abierta al fondo nos lo deja ver. Sería utópico pretender que todo encuentro, por muy amistoso que sea, lo sea en plenitud. A él, sin embargo, me atenderé en la descripción, porque en él se muestra diáfana, saturadamente, lo que en los otros está meramente apuntado. Cuando una realidad se nos da en su plenitud, es cuando la entendemos perfectamente.

4. EL DIÁLOGO Y LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

4.1. *El diálogo en la vida religiosa*

San Agustín quería vivir en comunidad para "buscar juntos a Dios y nuestras almas en concordia; así el que primero los halle, lo comunicará a los demás fácilmente y sin esfuerzo"¹³. ¡Demasiado fácil! Un sueño irrealizable, una utopía, que, además, no es cristiana¹⁴, sino claramente neoplatónica.

13. Cf. *Soliloquios*, 1, 12, 20.

14. Léase en el apartado 5.2 (*el diálogo con Dios al fondo*) la opinión de Ratzinger sobre el programa juvenil de Agustín de "conocer a Dios y al alma".

Buscar a Dios es el fin de la comunidad agustiniana. Para esto vivimos en ella. "Lo primero porque os habéis congregado en uno es para vivir en la casa unánimes y tener una sola alma y un solo corazón en Dios"¹⁵. Arraigados ya en Dios como cristianos que son, los monjes se reúnen en unidad para seguir caminando hacia Dios, hacia el Uno, unánimes y concordes. ¡Nostalgia de la mítica unidad perdida! Han encontrado ya a Dios, pero quieren seguir buscándole para encontrarle mejor. "Se le busca para que el encuentro sea más grato, y se le encuentra para buscarle con más avidez"¹⁶. Buscar a Dios, sí, pero ¿dónde y cómo? La *Regla* no dice nada de la misión fuera del monasterio ni de las necesidades de la Iglesia, de las que tanto habla san Agustín y a cuyo servicio consagró su vida y la de sus monjes¹⁷. Si nos atenemos a su texto, se trata de una comunidad cerrada sobre sí misma: ella y Dios, nadie más.

El texto de los *Soliloquios* nos sitúa en una comunidad de estirpe neoplatónica, a la que en principio podríamos aplicarle el texto de Platón que citaré más adelante, en el apartado 4.5 (*oír la voz de los otros*). Pero no nos consta que en ella se practicara el diálogo como método de indagación de la verdad. Los llamados *Diálogos de Casiciaco* son una ficción retórica, un tributo a Cicerón, una de las muchas huellas ciceronianas que hay en sus obras. Su expresión literaria está muy lejos de la espontaneidad de la conversación como lo está también el fluir del pensamiento. En ellos todo discurre por un cauce bien trazado. También son pura ficción literaria los de Platón, los de Cicerón y los de tantos autores del Renacimiento que siguieron sus pasos, entre ellos los de fray Luis de León (*De los nombres de Cristo*). Da grima que, a estas alturas, todavía haya quien tome al pie de la letra lo que en estos se dice, y trate de identificar lugares, tiempos y personajes. Tampoco consta que

15. Id., *Regla*, 1, 3. En español, la preposición *en* heredó no sólo el ablativo latino de lugar *en donde*, sino también algunos usos del acusativo. La *Regla* dice *in Deum*, acusativo de dirección, *hacia Dios*. Mantengo el *en* siguiendo el uso de toda la poesía amorosa de Occidente: el amante vive *en* la amada (y al revés), arraigado en ella y en tensión hacia ella, anhelando la unión plena. Un sólo ejemplo: "Dícese del que ama que no vive consigo más de la mitad, y que la otra mitad, que es la mejor parte de él, vive y está *en* la cosa amada [...] Este oficio que es pensar e imaginar, nunca lo emplea en sí, sino *en* aquella cosa a quien ama, contemplando *en* ella y tratando siempre de ella [...] Aunque duermes [*la amada*], no duerme del todo ni toda ella reposa, porque su corazón no está en ella, sino *en* su Amado está siempre" (Fray Luis de LEÓN, *Cantar de cantares de Salomón*, 5, 3, edición de José Manuel Blecua, Editorial Gredos, Madrid 1994, 166-167. Los subrayados son míos.). La traducción oficial, *orientados hacia Dios*, es pedestre y despoja el texto de san Agustín de su gran riqueza.

16. Id., *La Trinidad*, 15, 2, 2.

17. Cf. José VEGA, *La vocación agustiniana. El proyecto filosófico-monástico-sacerdotal de san Agustín*, Editorial Estudio Agustiniano, Valladolid 1987, 146-152, 206-224, 251-299, 302-304, 318-334, 407-412, 455-464, 544-546.

se practicara el diálogo en el monasterio de Hipona, ni en los muchos que se fundaron a imitación suya. Los monjes de Cartago se ocupaban "en oraciones, en el rezo de los salmos, en la lectura y en la predicación de la Palabra de Dios"¹⁸. No se habla para nada del diálogo en busca de la verdad. Ni en los monasterios ni fuera de ellos. La *Regla* nada dice sobre el particular, ni tampoco la *Vida de san Agustín* por su compañero Posidio, señal de que no se practicaba.

Las monjas del monasterio de Hipona andaban revueltas porque querían cambiar de superiora. Agustín no fue a hablar con ellas. Les envió una reprimenda, *obiurgatio*. Acceder a su petición sería "un ejemplo muy pernicioso contra la sana disciplina [... *Si fuera a vosotras*], al no hallaros como yo os quiero, tampoco vosotras me hallaríais como quisierais"¹⁹. ¡La *sana* disciplina!. Cuidado con esta expresión, que, como la *sana* pedagogía, ha servido siempre de escudo para mantener las propias posiciones inamovibles. En el año 426, nombró sucesor suyo en el episcopado al presbítero Heraclio sin contar para nada, previamente, con el pueblo. Eso sí, tomada la decisión, se la comunicó al pueblo según costumbre, y éste le aplaudió enfervorizado²⁰. Amén.

No nos empeñemos en la vana tarea de traer a san Agustín a nuestra orilla; dejémosle en la suya. Desde ella sigue enseñándonos; desde la suya, no desde la nuestra. Vivir hoy concordes en Dios, como manda la *Regla*, pasa necesariamente por el diálogo comunitario; no así en tiempos de san Agustín. Entonces pasaba por "obedézcase al prepósito como a un padre, honrándole debidamente para que no se ofenda a Dios en él; mucho más al presbítero que cuida de todos vosotros"²¹. ¿Qué connotaciones tenía para san Agustín la palabra *pater*? ¿En quién pensaba al pronunciarla? ¿En el *paterfamilias* romano? ¡Pues estamos aviados! Al leer los textos antiguos, no olvidemos que con las mismas palabras se expresan realidades muy distintas a las nuestras. Y es esto lo primero que tenemos que dilucidar si queremos conocer la mentalidad de quienes las usaron; algo que ordinariamente no se hace. Ahí están los comentarios de la *Regla* para comprobarlo. Nadie se preocupa del significado que entonces tenían las palabras. Se da por supuesto que significaban lo mismo que para nosotros.

En el monacato no se dialogaba. "Emplean juntos su tiempo en oraciones, lecturas y conferencias [...]. Ofrecen a Dios como don suyo gratísimo una vida enteramente concorde y en tensión permanente hacia Dios [...]. A la

18. *El trabajo de los monjes*, 17, 20.

19. *Cartas*, 211, 1.

20. *Cartas*, 213, 1-4.

21. *Regla*, 7, 44.

caída de la tarde, aún en ayunas, dejando sus habitáculos, se reúnen para oír a los padres, no sólo santísimos por sus costumbres, sino también sobresalientes en la ciencia sagrada, superiores en todo. Mandan con gran autoridad y son obedecidos con voluntad rendida. Con cada padre se reúnen unos tres mil; incluso, a veces, muchos más. Oyen con increíble atención, en profundo silencio, expresando sus afectos con gemidos y lágrimas según los mueva la palabra del que habla"²². El elogio es redondo como corresponde al tono apolo-gético del libro.

Los monjes necesitaban ser dirigidos por algún anciano, al que debían manifestar hasta sus pensamientos e impulsos interiores más secretos. Todo se hacía, según los *Apotegmas de los Padres*, escuetamente, con el menor número posible de palabras; que el silencio era el aire en que respiraba su espíritu, y la palabra lo disipaba y era siempre un peligro de pecado. Dios hablaba por boca de los ancianos. Sus palabras eran oráculos. Había que recibirlas con veneración. Habría sido pecado discutir sus sentencias. Lo más que se permitía era pedirle explicaciones cuando no se habían entendido sus respuestas. "Si el discípulo se mostraba terco, el anciano espiritual se limitaba a pedir a Dios que tocara su corazón o a excogitar alguna estratagema para hacerle entrar en razón y volver al buen camino"²³.

Este es el camino que siguió la tradición posterior. En el vocabulario de los espirituales, no figura en absoluto la palabra diálogo en el sentido en que hoy más se usa. ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¿Cómo va a figurar si todo nos lo ha dicho ya Dios en su Palabra, Jesucristo, interpretada por la Iglesia?²⁴. Obligación del cristiano, más del religioso, es someterse a esa Palabra, obedecerla sin más. Ni diálogo ni convivencia, sino soledad, santa soledad y silencio santo. Se permitía, sí, conversar, pero conversar únicamente de cosas espirituales para edificación mutua en las horas y tiempos señalados, sin excederse. San Juan de la Cruz llegó a crear el alguacil de conversación, encargado de que esto se cumpliera a rajatabla²⁵.

Nada que ver con el diálogo actual. Introducir esta palabra en el vocabulario de alguno de ellos, alguien lo ha hecho últimamente con santa Teresa de Jesús ²⁶, es contradecir la historia y hacerles decir a los textos lo que no

22. Id., *Las costumbres de la Iglesia católica y de los maniqueos*, 31, 67.

23. García M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo*, BAC, Madrid 1975, II, 256.

24. Cf. San JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, 2, 22, 1-19.

25. Cf. José VEGA, *La convivencia según la Escuela Agustiniiana española del siglo XVI*, en *Estudio Agustiniiano* 32 (1997) 311-326.

26. Cf. Tomás ÁLVAREZ (Dir.), *Diccionario de santa Teresa de Jesús*, Monte Carmelo, Burgos 2001, s. v., *Diálogo*.

dicen. Ni el término ni las características que hoy tiene están en ellos. Seamos cuidadosos con la historicidad que tiene todo lo humano. En una sociedad fuertemente jerarquizada, en la que todo venía dado desde arriba, ¿cómo atreverse a pensar siquiera que la verdad había que buscarla en común, o que la vida en común había que organizarla en diálogo fraterno? Estaban lejos, muy lejos de los tiempos actuales, en los que la comunidad es la protagonista, el sujeto de la vida comunitaria.

4.2. *El diálogo entre el maestro y los discípulos*

Gadamer habla de "los carismáticos del diálogo que cambiaron el mundo: Confucio y Gautama Buda, Jesús y Sócrates"²⁷. El evangelista san Lucas presenta a Jesús en sociedad "sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían estaban desconcertados de sus inteligentes respuestas" (Lc 2, 46-47). A lo largo de los evangelios, son muchos los diálogos entre Jesús y sus oyentes. No poseemos el texto original de ninguno de ellos, pero la coincidencia de los evangelistas en este punto hace suponer que detrás de ellos hay una realidad. Jesús no fue el fundador del diálogo, como se ha dicho con evidente exageración y notable ligereza, pero sí un gran maestro del mismo. Como los otros carismáticos del diálogo, fue un maestro que enseñó a sus alumnos o discípulos dialogando con ellos.

Teóricamente, el diálogo en busca de la verdad debería ser una práctica habitual entre el maestro y los discípulos; pero no lo es, ni puede serlo cuando el número de alumnos es elevado. Los profesores no suelen ser maestros del diálogo. En la Universidad española, hubo una notable excepción según sus alumnos: Manuel García Morente²⁸. En clase, el profesor se cree con derecho a hablar y hablar, en un monólogo interminable, y salga el sol por donde quiera. Ya vendrá la apisonadora de los exámenes. Esto ha hecho que la clase magisterial haya entrado en crisis, y se estén ensayando fórmulas intermedias, en las que el alumno pueda participar. Pero ni el debate ni la mesa redonda son soluciones. Ya lo advirtió Platón: no es posible dialogar con muchos a la vez, ni en presencia de muchos.

27. Hans-Georg GADAMER, *Verdad y método II*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1992, 204.

28. Cf. Julián MARÍAS, *El legado filosófico de Manuel García Morente*, en *Filosofía española actual*, Espasa-Calpe, Madrid 1963⁴, 123-131.

4.3. *La situación actual*

Atrás ha quedado la sociedad homogénea, hablo del mundo Occidental, en la que todos coincidían en la estimación de unos valores comunes y de las instituciones que los representaban. Se ha pasado a una sociedad plural, diversificada, en la que los puntos de referencia se han multiplicado. Se acabó la unanimidad. Ni siquiera como ideal existe ya, nostalgia de un pasado que nunca existió. Descanse en paz el mito de la Edad de Oro o Paraíso.

Cada uno es cada uno, él y no otro, y es esta diversidad humana la que hay que promover y cultivar. Esta es nuestra gran riqueza. Tenemos que aprender a convivir en la diferencia, siendo los dos términos igualmente necesarios: diferencia y convivir. Antiguamente, la concordia era estar de acuerdo en todo: tener un solo corazón, una sola alma, las mismas creencias, los mismos pensamientos, un mismo Dios, sentimientos comunes... Al que discrepaba se le expulsaba de la sociedad, o se le achicharraba. La concordia, hoy, no es estar de acuerdo, sino convivir en el desacuerdo; desacuerdo en los estratos superficiales e intermedios, que se sustentan en estratos profundos comunes, que son los que hacen posible la convivencia²⁹. Nuestros oponentes pueden tener buenas razones para defender lo que defienden, y merecen ser oídos. Quizá seamos nosotros los equivocados. En las ciencias está la "falsación" de Popper: algo es cierto mientras no se demuestre que es falso. Pero ¿cómo refutar una visión de la realidad distinta de la nuestra? Los caminos de acceso a ella son muchos.

La participación y el diálogo tienden a sustituir cada vez más el ejercicio de una autoridad distante, que se asoma por la claraboya dictando lo que es bueno y lo que es malo. El individuo ha alcanzado su mayoría de edad y tiene sus derechos, entre ellos el de opinar; pero el individuo, conviene subrayarlo, no existe sino en comunidad. Un individuo aislado es un absurdo. Y son los dos términos –individuo y comunidad– los que tienen que estar en permanente reajuste.

En una sociedad como la española, hasta hace bien poco en régimen de Cristiandad, la voz de la Iglesia era la única voz con derecho a ser oída. Sus leyes eran leyes del Estado y su moral era la moral exclusiva. Los obispos, también los párrocos en las aldeas, actuaban como guardianes del orden

29. Cf. Julián MARÍAS, *Tratado sobre la convivencia*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona 2000. El libro lleva este subtítulo: *concordia sin acuerdo*; José ORTEGA Y GASSET, *Concordia*, en *Las atlántidas y del Imperio Romano*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1976, 105-121.

público. De todo esto no queda ya nada, a no ser el resentimiento de muchas gentes heridas en sus convicciones más íntimas durante muchos años. Hoy la voz de la Iglesia es, en el mejor de los casos, una entre muchas. Con frecuencia, una voz conscientemente ignorada. No todos los eclesiásticos se han hecho cargo de esta situación, y siguen hablando a todos como si todos tuvieran que escucharlos.

Ante esta situación muchos se sienten liberados. Por fin pueden ser responsables de su vida, elegir su propio camino sin ser señalados con el dedo; ser ellos, ellos mismos, y no otros. Pero no pocos se sienten angustiados, suspendidos en el vacío, sin asidero posible, y echan en falta las antiguas seguridades o se buscan otras nuevas. Entre uno y otro extremo, caben muchas actitudes, y pueden darse varias en una misma persona.

Todos, en la hora presente, estamos condenados a vivir a la intemperie, sin arrimo de por vida. Volver a las antiguas seguridades o buscarse otras nuevas es vendarse los ojos, engañarse a sí mismo y cerrar en falso los problemas que tenemos planteados. "Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza" (Mt 8, 20). Es la hora de saber lo que es vivir, que es siempre inseguridad y riesgo. Es la hora del Evangelio, que es siempre novedad, creación, vida, camino hacia la plenitud, nunca alcanzada en esta vida. "Mucho me queda por deciros, pero no podéis con tanto ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os irá guiando en la verdad toda [...] y os interpretará lo que vaya viniendo" (Jn 15, 12-13). Pues muchos aún no se han dado por enterados, y siguen diciendo que todo está ya dicho.

4.4. *Ética del diálogo*

Horrorizados por la locura colectiva que llevó al *holocausto*, Karl Otto Apel y Jürgen Habermas crearon la ética del diálogo. No hay que dejar que la razón se duerma; hay que mantenerla vigilante, que el "sueño de la razón produce monstruos". Goya nos dejó muestras de ellos. Para organizar de una manera justa nuestra vida común tenemos que pensar, despertar la razón, una razón dialogante en todos los niveles; aprender a construir la sociedad dialogando³⁰.

30. Cf. Adela CORTINA, *El sueño de la razón*, en *ABC cultural* 10-3-95, 55; José Antonio Marina, *Ética para náufragos*, Editorial Anagrama, Barcelona 1995, 203-207.

La historia evidencia que los errores han sido muchos, y la contumacia en ellos persistente. También, también por parte de la Iglesia³¹. "La secularización estatal, las exigencias de libertad, los derechos del hombre, las instancias sociales justas del marxismo, si todo esto hubiera sido reconocido oportunamente y hubiera sido acogido positivamente por los creyentes, no habría causado esa dolorosa separación entre la fe y el mundo que se ha llevado a cabo concretamente"³². Deberíamos estar ya escarmentados. Tenemos que aprender a liberarnos de nuestros prejuicios, aprender a pensar y a compartir nuestros pensamientos. Hoy son necesarios los debates públicos rigurosos en todos los órdenes de la vida.

Esta exigencia ética del diálogo es subversiva. No admite monopolios en relación con la verdad. No admite que haya que esperar al pie de la montaña sagrada a que baje de la cumbre el profeta con las tablas de la ley. Se acabaron los oráculos y los maestros de Israel. El hombre ya no se deja conducir a golpe de báculo. La ética compartida surgirá del diálogo por convicción, no por imposición. Refugiarse en el Olimpo y dictaminar desde allí lo que es o no es verdad es condenarse a no ser escuchado. La verdad, lo que llamamos objetividad, se hace en comunidad, y en comunidad se progresa en ella. Solo así será patrimonio común. Sin diálogo, el pensamiento se esclerotiza.

Del diálogo surgirá el consenso, pero el diálogo, a su vez, nace de un fuerte impulso ético. Sin esta actitud previa, no es posible dialogar. Diálogo y consenso, consenso y diálogo: tal debe ser el círculo en que se mueva el pensamiento del futuro si es que queremos alumbrar una humanidad mejor.

4.5. *Oír la voz de los otros*

Ya Platón ponía el diálogo como condición imprescindible para llegar a la verdad. "Cuando, tras muchos esfuerzos, se han relacionado unos con otros los distintos elementos, nombres, definiciones, percepciones de la vista y de los demás sentidos, cuando se han discutido en discusiones benévolas, en las que no hay mala intención en las preguntas ni en las respuestas, sólo entonces surge de repente la intelección y comprensión de cada objeto con toda la intensidad de que es capaz la fuerza humana"³³. Se trata de un diálogo entre

31. Léase el *Syllabus* de Pío IX y compárese con lo que dicen sobre esos mismos temas el Concilio Vaticano II y los documentos posteriores de la Santa Sede.

32. Joseph GEVAERT, *El problema del hombre*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1976, 185.

33. PLATÓN, *Cartas*, 7, 344b. La carta está entre las "obras de autenticidad no muy admitida".

académicos, muy alejados del "vulgo municipal y espeso", que diría Rubén Darío. Las palabras de Platón siguen siendo válidas si las sacamos del reducido grupo de intelectuales y damos entrada en la escuela a todos.

Para construir hoy una comunidad, para construir una sociedad, dado el nivel histórico al que hemos llegado, hay que dialogar, razonar, dar argumentos. Todos están llamados a tener voz en esta hora de la historia. El diálogo es la forma actual de ser hombre, la forma actual de ser cristiano. Los dictadores suelen acudir al "sentir común del pueblo" para justificar sus injustificables decisiones, pero no consultan nunca al pueblo. En teología, se habla del *sensus fidei fidelium*, que se estira y se encoge a gusto del manipulador de turno; pero ¿quién consulta a los laicos? ¿Quién los consulta sobre la sexualidad, sobre el matrimonio, sobre su participación en la Iglesia y, más en concreto, sobre la de las mujeres? ¿Para cuándo el *sensus fidei fidelium*?

4.6. *Progresar juntos en la verdad*

El hombre es contingente, finito. Su punto de vista está siempre confinado dentro de un horizonte reducidísimo. Sólo Dios es el punto de vista absoluto. En consecuencia, nadie, fuera de él, puede poseer la verdad absoluta. Necesitamos estar abiertos a los otros, que son siempre "otros", no nosotros; colaborar con ellos para progresar en la verdad, dispuestos a reconocer los logros ajenos –¿por qué nos costará tanto hacerlo?– y a rectificar los errores propios.

¿Cómo podría avanzarse en la verdad científica o filosófica si cada científico o cada filósofo fuera a su aire, desconociera lo que han hecho sus compañeros y tuviera que comprobarlo él todo? Son, sin duda, individuos concretos quienes hallan nuevas verdades científicas o filosóficas, pero individuos que viven en relación con otros científicos y filósofos, en comunidad con ellos, nutriéndose de ellos, y que a ellos les entregan sus hallazgos para ser discutidos. "Los descubrimientos científicos son casi siempre el resultado del ambiente intelectual. Es un trabajo colectivo y es con frecuencia difícil atribuir el mérito a un sabio en concreto [...]. Los científicos deben tenerse mutuamente por fieles compañeros consagrados a una obra común, que no puede afianzarse y prosperar sino con espíritu colectivo de justicia y mutuo afecto"³⁴.

34. Santiago RAMÓN Y CAJAL, *Historia de mi labor científica*, Alianza Editorial, Madrid 1981, 283-284.

También la verdad religiosa hay que buscarla en diálogo. Quizá alguno, al leer esto, si es que hay alguien que lo lea, se solivante y pida para mí la chamusquina. Oiga al Concilio: "La verdad [*habla de la verdad religiosa*] debe buscarse de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social, es decir, mediante la libre investigación, con ayuda de los maestros o de la enseñanza, de la comunicación y del diálogo, mediante el que unos a otros se exponen la verdad hallada o la que creen haber hallado, ayudándose mutuamente en su búsqueda. Conocida la verdad, hay que adherirse fielmente a ella con asentimiento personal"³⁵. En nuestro tiempo, "en que las cosas cambian tan rápidamente y los modos de pensar sufren cambios tan profundos, [*la Iglesia*] necesita de modo muy particular de quienes, viviendo en el mundo, sean creyentes o no, conocen las instituciones y disciplinas y las conocen en profundidad"³⁶. Fiel a esta nueva visión, el Concilio manda que, en cada uno de los grandes territorios socio-culturales, las Conferencias Episcopales se unan entre sí, y promuevan el estudio teológico, de modo que se "somete a nueva investigación" la revelación bíblica y las explicaciones que de ella dieron los Padres de la Iglesia y el Magisterio, para que así, "de común acuerdo", anuncien la fe en las nuevas circunstancias históricas³⁷.

4.7. *La verdad sobre el hombre*

Salir de las propias bardas, asomarse a los otros, entrar en ellos, multiplicando así los puntos de vista, es enriquecerse humanamente, dilatar el horizonte, dar un estirón personal. Reflexionar sobre el hombre sólo desde la propia experiencia o desde la propia cultura, que es lo que siempre se ha hecho al hablar de la ley natural –¿existe?–, es condenarse al error. Sólo es posible obtener la verdad sobre el hombre con la "constante cooperación con los sujetos en una interrogación y réplica recíproca"³⁸. De Goethe escribió Eugenio d'Ors: "Goethe era un hombre de diálogo, no de monólogo; que es como decir hombre de pensamiento científico, no de pensamiento dogmático. Entraba, pues, forzosamente en su inteligencia la inteligencia de otro; y solamente se volvía ella misma en cuanto se volvía múltiple así"³⁹. Fue Goethe

35. CONCILIO VATICANO II, *Dignitatis humanae*, 3.

36. Id., *Gaudium et spes*, 44.

37. Id., *Ad gentes*, 22.

38. E. CASSIRER, *Antropología filosófica*, FCE, México 1987, 21. Cit. por Juan de Sahagún Lucas Hernández, *Las dimensiones del hombre*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1996, 69.

39. *El valle de Josafat*, Espasa-Calpe, Madrid 1961³, 73. De d'Ors, en cambio, escribió Ortega y Gasset: "El combate intelectual es un diálogo de soberana fecundidad. Pero d'Ors

quien dijo: "Sólo todos los hombres viven lo humano", los presentes, los pasados y los futuros. Dialoguemos con los muertos, con los grandes escritores del pasado; dialoguemos con los vivos; dialoguemos con nosotros mismos, es decir, meditemos, soñemos.

La actitud española, en cambio, y muy especialmente la castellana, ha sido siempre la ignorancia y el desprecio del otro. Lo dijo bien Antonio Machado: "Castilla miserable, ayer dominadora, / envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora"⁴⁰. "En nuestro país no es uso vivir así, abierto a todos los vientos. Casi todas las gentes parecen atormentadas por la sospecha de que alguien va a venir y les va a arrebatarse su ser –este menudo pensamiento, esta pequeña fortuna, este puestecillo en la jerarquía política o académica. Y toda su vida se convierte en una táctica defensiva contra los demás, compuesta de odio, de acritud, de maledicencia, de intriga, de fraude"⁴¹. Hay que romper con este espíritu de campanario, y aprender a ser hombres de muchas almas.

4.8. *El diálogo y la formación permanente*

No sabemos ver, no sabemos escuchar, ni tocar, ni gustar, ni oler. No sabemos respirar. No sabemos nada de nada y creemos saberlo todo. Nece-

no dialoga nunca. Su manera de combatir es volverse de espaldas al enemigo y cantar una vez más su aria. Afortunadamente, el aria del glosador es siempre melodiosa y gentil" (*El sentido histórico I*, en *Las atlántidas y del Imperio Romano*, edic. cit, 28).

40. *Campos de Castilla*, XCVIII, en *Prosa y poesía*, edición crítica de Oreste Macrì, Espasa-Calpe / Fundación Antonio Machado, Madrid 1989, II, 494.

41. José ORTEGA Y GASSET, *De Madrid a Asturias o los dos paisajes*, en *Notas*, Espasa-Calpe, Madrid 1947⁵, 39. "La vida intelectual española cruza ahora por una etapa de audaz monologuismo. Cuando se interrumpe este uso no es para dialogar, sino al contrario, para ejercitar alguna estúpida agresión al prójimo escritor. Nadie se otorga el lujo de comprender al otro, y partiendo de esta comprensión, rebatirle" (Id., *El deber de la nueva generación argentina*, en *Meditación del pueblo joven*, Espasa-Calpe, Madrid 1964, 29). "Yo sospecho que, merced a causas desconocidas, la morada íntima de los españoles fue tomada tiempo hace por el odio [...]. Cuando odiamos algo ponemos entre ello y nuestra intimidad un fiero resorte de acero que impide la fusión, siquiera transitoria, de la cosa con nuestro espíritu [...]. De esta suerte se ha convertido para el español el universo en una cosa rígida, seca, sórdida y desierta [...]. Los españoles ofrecemos a la vida un corazón blindado de rencor, y las cosas, rebotando en él, son despedidas cruelmente [...]. Es menester que multipliquemos los haces de nuestro espíritu a fin de que temas innumerables lleguen a herirle [...]. Esta lucha con un enemigo a quien se comprende es la verdadera tolerancia, la actitud propia de toda alma robusta. ¿Por qué en nuestra raza tan poco frecuente?" (Id., *Meditaciones del Quijote*, comentario de Julián Marías, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico / Revista de Occidente, Madrid 1957, 16-23).

sitamos aprender, des-aprender mucho de lo aprendido, empezar a aprender, continuar aprendiendo. Dialogar, abrirse al otro, es precisamente esto: aprender a modificar nuestros comportamientos, a rectificar nuestras opiniones si hay que rectificarlas, o a afianzarnos en aquellos y estas; pero entonces desde una nueva visión, enriquecidos con otros mundos, hechos más conscientes, más libres. Los otros son nuestros maestros, lo son las cosas, lo es el silencio. Lo es para el creyente el Otro por antonomasia y, sin embargo, el más cercano, Dios, "que está más adentro que lo más íntimo de mí mismo y más arriba que lo más alto de mí mismo"⁴². Es preciso que cada uno, él personalmente, se haga cargo de esta necesidad que tenemos de aprender; que se encargue de ella, es decir, que se haga responsable de ella; que cargue con ella, o sea, que acepte sus consecuencias. Tal es el imperativo ético de que hablaba Ellacuría.

Estamos asistiendo al corrimiento de la enseñanza hacia el aprendizaje. En aquella, el importante es el maestro. Transmite unos contenidos y el alumno los recibe. En este, el importante es el alumno, que se convierte en agente de su formación, un proceso que solo acaba con la muerte. El maestro guía, señala el camino, y él mismo se convierte en caminante con aquel. La sociedad, en esta nueva visión, tiene que crear las condiciones para que esto sea posible, poner a disposición de las personas los medios necesarios para su aprendizaje permanente. Pero este, el aprendizaje, es tarea personal de cada uno, que nadie puede realizar por él. El diálogo de todos los que intervienen en el proceso educativo se convierte, en esta nueva visión, en algo absolutamente necesario.

4.9. *La conciencia personal*

La norma ética no son ya las tablas de la ley ni los códigos, prescripciones y prohibiciones del dictador de turno; mucho menos los formularios pios y los consejos de los que aún se creen señores de las conciencias. La realidad es demasiado compleja y cambiante para que se deje encerrar en el corsé de unos cánones, o para que haya que vivir al dictado de otro.

La norma no es ya la sumisión a una verdad absoluta, que en el mundo histórico, en el que vivimos, no existe, ni la obediencia a voceros especializados. En una sociedad en la que las ofertas se multiplican y los caminos son muchos, cada uno tiene que ir haciendo su propio camino. La norma, en última instancia, es la responsabilidad personal, la conciencia individual.

42. San AGUSTÍN, *Confesiones*, 3, 6, 11.

"Caminante, no hay camino. / Se hace camino al andar"⁴³. No hay respuestas dadas de antemano. Cada uno tiene que elaborar las suyas. Nadie le puede sustituir en esta tarea.

Es la conciencia personal de cada uno la que tiene que decidir en el aquí y en el ahora en que él vive. Nadie tiene derecho a acallarla. "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch 5, 29). "Por su interioridad el hombre supera todas las cosas. A estas profundidades retorna cuando entra en su corazón, donde le espera Dios que escruta los corazones, y donde él, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino"⁴⁴. "La conciencia es el meollo secretísimo y el sagrario del hombre, en el que se encuentra a solas con Dios, cuya voz resuena en su intimidad [...]. Por fidelidad a la conciencia, los cristianos se unen con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto tantos problemas como se presentan al individuo y a la sociedad"⁴⁵. "Los hombres de nuestro tiempo son cada vez más conscientes de la dignidad de la persona, y crece el número de los que exigen que, en su actuar, los hombres gocen y usen de su propio criterio y de su libertad responsable; que obren no coaccionados, sino guiados por la conciencia de su deber"⁴⁶. "En materia religiosa, no se obligue a nadie a actuar contra su conciencia, ni se le impida que actúe, privada y públicamente, conforme a ella, solo o asociado a otros, dentro de los debidos límites"⁴⁷.

Si a estos textos añadimos los ya citados en el n.º 4.6 (*Progresar juntos en la verdad*), vemos que se ha producido un corte profundo con la doctrina anterior del magisterio eclesial. En efecto, todavía el Concilio Vaticano I (1870) enseñó que Dios confió a su Iglesia "el depósito divino" de la doctrina de la fe, que aquella debe transmitir fielmente al mundo, condenando todo lo que la contradiga⁴⁸. Y Pío IX ratificaba esta doctrina en el prólogo a la Constitución *Dei Filius*. "Nos hemos resuelto, desde lo alto de la cátedra de Pedro, profesar y declarar ante todos la doctrina saludable de Cristo, proscribiendo y condenando, en nombre de la autoridad que Nos ha sido confiada por Dios, los errores contrarios a esta doctrina". La perspectiva ha cambiado abruptamente en el Concilio Vaticano II. La verdad ya no es un "depósito" inmutable, intangible, sino el fruto de una búsqueda, en la que hay que contar

43. Antonio MACHADO, *Campos de Castilla, CXXXVI, (Proverbios y cantares, XXIX)*, en *Poesía y prosa*, edic. cit., II, 575.

44. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 14.

45. Id., *ib.*, 16.

46. Id., *Dignitatis humanae*, 1.

47. Id., *ib.*, 2.

48. *Dei Filius*, en DENZINGER, *Enchiridion symbolorum, definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, Herder, Barcelona 1973, ns. 3018-3020.

también con los no cristianos. El Concilio reconoce que hay diferentes puntos de vista sobre la verdad, todos ellos legítimos, y que hay que respetar la conciencia de cada uno. Por lo mismo, instituye el diálogo permanente dentro de la Iglesia, entre las Iglesias, entre la religión cristiana y las otras religiones y entre la Iglesia y la sociedad en busca de la verdad. En adelante, hay que buscar juntos la verdad en diálogo, expresando libremente cada uno lo que piensa en mutuo respeto, porque nadie la posee por anticipado de forma segura. "Esta es, a mi juicio, la decisión más importante del Concilio, y sus repercusiones en la Iglesia del futuro son absolutamente considerables"⁴⁹.

En la moral cristiana, se habla de la prudencia, del discernimiento, de la *epikeia*... La prudencia, "el ojo alerta del amor"⁵⁰, investiga los medios para "crear relaciones humanas sanas y gratificantes", y formar "estructuras sociales y eclesiales al servicio de la libertad"⁵¹. El discernimiento exige estar alerta para saber discernir, personalmente, entre lo valioso y lo nefasto, entre lo que ayuda al hombre a ser más o lo que se lo impide, entre lo que sirve al reinado de Dios o lo obstaculiza. La *epikeia* nos enseña a orientarnos en la jungla de leyes, a saber qué es lo que tenemos que hacer en cada momento, cuándo hay que dejar a un lado la ley porque se ha convertido en una carga insoportable que pone en peligro valores más altos, y destruye a la persona (Mt 23, 4 par; Mc 2, 27-28 par). "Porque las leyes escritas son unas y no se mudan, y los casos particulares son muchos y que se varían, según las circunstancias, por horas. Y así acaece no ser justo en este caso lo que en común se estableció con justicia; y el tratar con sola la ley escrita es como tratar con un hombre cabezudo, por una parte, y que no admite razón, y por otra poderoso para hacer lo que dice, que es trabajoso y fuerte caso"⁵². Prudencia, discernimiento, *epikeia*... Son todas ellas virtudes personales, que nadie puede delegar en otro, ni nadie puede impedir las so pretexto de sagrada autoridad. Están todas en los manuales. Ya va siendo hora de practicarlas⁵³.

Pero el hombre es frágil y la experiencia nos dice que cae en el error con demasiado frecuencia. La extravagancia está siempre a la vuelta de la esquina. La conciencia personal tiene que formarse, y se forma en el intercambio de puntos de vista. No se nace con la conciencia hecha y derecha, ni hay en ella leyes misteriosamente impresas. Como todo lo humano, hay que hacerla.

49. Philippe BACQ, *Quelle figure d'Église pour une catéchèse inculturée*, en *Lumen Vitae* 54 (1999) 128.

50. Bernhard HÄRING, *Proyecto de una vida lograda*, PPC, Madrid 1996, 37.

51. Id, *ib.*, 38-39.

52. Fray Luis de LEÓN, *De los nombres de Cristo, l. 1, Pastor*, edición de Cristóbal Cuevas, Ediciones Cátedra, Madrid 1977, 234.

53. Cf. Bernhard HÄRING, *ib.* 37-39, 62-66 y 102-105.

Tiene que hacérsela cada uno mediante la reflexión y el diálogo, no mirando dentro sino fuera. Aprendemos a saber lo que es bueno, bello y verdadero en diálogo con otros. Pero, en última instancia, es cada uno, y sólo él, quien tiene que decidir, porque sólo él puede analizar todos los elementos de la realidad que está viviendo.

Es oportuno el consejo de Bernhard Häring: "Nunca confiaré excesivamente en mi conciencia si me encuentro en oposición a la gran mayoría de los teólogos o al *sensus fidei fidelium*"⁵⁴. Y también este otro: "Acogerse a la propia conciencia es fácil, pero alcanzar la plena capacidad de la conciencia es una tarea enorme y nunca terminada"⁵⁵.

El encuentro con los otros cuestiona nuestras evidencias, y nos obliga a reflexionar sobre ellas. "La evidencia ajena puede ser más fuerte que la mía. Y he de saber cómo convivir con esta posibilidad, sin duda alguna molesta"⁵⁶. Las evidencias privadas, por muy evidentes que sean, pueden no ser verdad. "En mi soledad / he visto cosas muy claras, / que no son verdad"⁵⁷. Hay que someterlas a la prueba de fuego de las evidencias ajenas; sacarlas a la plaza pública, donde el sol abrasa y el viento azota, para que sean discutidas, zaran-deadas, corroboradas o rechazadas. En cualquier caso, así se irá creando un mundo de evidencias compartidas, que podrán llegar a ser, en el mejor de los casos, universales. En ese esfuerzo denodado por encontrar verdades universales, la inteligencia se hace razón y el logos se transforma en diálogo. "La verdad biográfica ha de trocarse en verdad universal; la confesión y la confianza han de convertirse en explicación y prueba. No es de fiar una sedicente verdad que no puede ser captada como verdad por una inteligencia en pleno uso de sus facultades. La Verdad tiene como correlato adecuado a un Sujeto universal: a cualquiera y a todos"⁵⁸.

4.10. *El valor ético en persona*

Gracias a los espíritus selectos que nos han precedido, "hemos llegado a no confundir el bien con el material cumplimiento de normas legales, una vez

54. *Mi experiencia con la Iglesia*, PS Editorial, Madrid 1989, 136.

55. Id., *Proyecto de una vida lograda*, edic. cit., 19.

56. José Antonio MARINA, *Teoría de la inteligencia creadora*, Editorial Anagrama, Barcelona 1995⁶, 231.

57. Antonio MACHADO, *Nuevas canciones CLXI (Proverbios y cantares XVII)*, en *Poesía y prosa*, edic. cit., II, 629.

58. José Antonio MARINA, *Teoría de la inteligencia creadora*, edic. cit., 230-231.

para siempre adoptadas, sino que, por el contrario, sólo nos parece moral un ánimo que antes de cada nueva acción trata de renovar el contacto inmediato con el valor ético en persona, [... *con la*] intuición viva y siempre nueva de la perfecto. [*Hay que ampliar y enriquecer la experiencia moral*] porque es el bien, como la naturaleza, un paisaje inmenso donde el hombre avanza en secular exploración"⁵⁹. El valor ético en persona es nuestro yo auténtico, irrevocable, el que tenemos que ser; es decir, nuestra vocación, nuestro proyecto vital. El contraste de nuestro proyecto vital con los proyectos vitales de los otros nos permite avanzar en esa exploración.

Exploración que hay que hacer con mucho amor a la circunstancia, a lo que *circum stat*, a lo que nos rodea. Hay que dejar de mirar a las estrellas soñando situaciones perfectas, que no llegarán nunca, mientras nos olvidamos de la humilde violeta que expande su perfume a nuestra vera. De la circunstancia, libando en ella, tenemos que extraer nuestro ideal y las normas para nuestra mente y nuestra conducta. "Toda circunstancia y toda realidad contiene una posible perfección, y este margen de perfeccionamiento de la circunstancia es lo que el buen artífice llama ideal y se esfuerza en henchir [...]. Los ideales son una parte del hecho cósmico y en él se aprehenden por una genuina experiencia, lo mismo que aprehendemos las realidades"⁶⁰

4.11. *El diálogo y el futuro del hombre*

Soledad y silencio, decían ayer. Convivencia y diálogo, decimos hoy. Meta esta del diálogo todavía lejana, pero en caminar hacia ella está nuestro futuro, el futuro de quienes quieren alejarse del reino animal, del que salieron, y tomar posesión, cada vez más consciente, de su condición de personas. A pesar de tantos signos en contra, parece que son muchos los que se han puesto en camino. Hacia ahí nos guían las mentes más nobles de Occidente. Pero nos falta entrenamiento, rodaje. Al menos, despertémonos del sueño; percatémonos del nuevo tiempo histórico, que está ya entre nosotros, en el que nos ha tocado vivir. Caminar hacia la cultura del diálogo, respetuosa con las personas y favorecedora de sus diferencias, es la hermosa tarea a la que estamos llamados en los albores del siglo XXI. El diálogo es el método misio-

59.- José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, comentario por Julián Marías, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico / Revista de Occidente, Madrid 1957, 25-26 y 232-233.

60. Id., *Reforma de la inteligencia*, en *Apuntes sobre el pensamiento*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1975, 72.

nal de nuestros días, no el proselitismo; mucho menos el apoyo del poder civil y el de los cañones. La unidad no se impone, como se ha hecho hasta ahora, sino que hay que hacerla desde la pluralidad mediante el diálogo. Será "la unidad de una planetaria pluralidad", como ya dijo Ortega hace muchísimos años⁶¹.

5. EL DIÁLOGO COMO ENCUENTRO

5.1. *La intersubjetividad*

Aun a riesgo de repetirme, diré que el hombre se realiza como tal en el mundo. "Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo"⁶². Mi vida se hace con lo otro que yo, especialmente con los otros. Vivir es entablar un diálogo dinámico y permanente entre estos "dos hermanos siameses" (Ortega y Gasset), yo y mi circunstancia. Sin los otros yo no puedo ser yo. El diálogo con los vivos, presentes en persona o en sus libros, y con los muertos, junto con las otras experiencias personales, es el medio a nuestro alcance para ampliar el horizonte y dar intensidad a nuestra vida, para hacernos personas. En el diálogo, se percibe el ser mismo de la persona. Los interlocutores se nombran y, al nombrarse, señalan su singularidad irreductible. No hay persona sin personas. Sólo desde los otros puedo comprender quién soy yo.

Los que dialogan salen de sus mundos privados en busca de un mundo común. Dialogar, en el sentido en que uso ahora esta palabra, es encontrarse dos o más personas, mejor dos, como tales personas concretas; intercambiar sus puntos de vista, expresándose sin doblez, llegando incluso a la intimidad y a la confidencia; humanizarse, personalizarse, en suma; es decir, crecer como personas. Se entra en el diálogo, pero nadie sabe qué derroteros llevará. En este diálogo, hay un interés recíproco por despertar lo que el otro (que ya no es el otro innominado, sino tú) lleva dentro, y disfrutarlo en común; por descubrir esa realidad interpersonal, que se crea entre los que dialogan, pero con ninguno se identifica porque los sobrepasa a todos. Realidad que los lleva a atender más al ser que al parecer, a sentir y querer que el otro sea él, él mismo, inidentificable con cualquier otro. Es decir, yo quiero que *tú* seas tú,

61. *Las ideas de León Frobenius*, en *Las Atlántidas y del Imperio Romano*, edic. cit., 26. El artículo se publicó el 12 de marzo de 1924 en *El Sol*. El libro de *Las Atlántidas*, las culturas sumergidas o evaporadas, es una reflexión contra el monismo cultural en defensa de la realidad del pluralismo. Se publicó en octubre de 1924.

62. Id., *Meditaciones del Quijote*, edic. cit., 43-44.

tú mismo, distinto de mí y de todos; y tú quieres que *yo* sea yo, yo mismo, distinto de ti y de todos. Realidad que es la matriz en la que dialogan, en la que viven y de la que se nutren. Realidad que tiene un nombre: amor; pero el amor como realidad básica, fundante, de la que brotan los sentimientos amorosos y las palabras de comprensión y el deseo de comunicarse y compartir los mundos personales y formar con ellos un mundo común, una realidad poseída mancomunadamente, en la que, no obstante, cada uno siga siendo él, más él mismo que cuando vivía en su mundo particular.

Caso muy especial es el de los amantes. "Es este hombre quien está enamorado de esta mujer, insustituible, incomparable, única. Cuanto uno hace respecto al otro es un ejemplo máximo de acción interindividual. Ahora bien, lo que dos amantes hacen más abundantemente es hablarse [...]. Lo que parece incuestionable es que el amor de los amantes, que vive en miradas, que vive en caricias, vive más que todo eso en conversación, en diálogo sin fin. El amor es parlero, gorjeante: el amor es elocuente, y quien al amar calla es que no tiene remedio, es que es anormalmente taciturno. De modo que la interacción individualísima que es amarse, en la cual ambos participantes actúan desde su fondo original, tiene que realizarse por medio del habla"⁶³

Esta realidad, "tan antigua y tan nueva"⁶⁴, aún no descrita conceptualmente, Martin Buber la llama la esfera del "entre", porque está efectivamente "entre" tú y yo, en una dimensión interpersonal a la que solo tú y yo tenemos acceso⁶⁵. "El encuentro del hombre consigo mismo, sólo posible y, al mismo tiempo, inevitable [...], no podrá verificarse sino como encuentro del individuo con sus compañeros, y tendrá que realizarse así. Únicamente cuando el individuo reconozca al otro en toda su alteridad como se reconoce a sí mismo, como hombre, y marche desde este reconocimiento a penetrar en el otro, habrá quebrantado su soledad en un encuentro riguroso y transformador"⁶⁶. En el encuentro, yo me hago auténticamente yo y tú auténticamente tú. Se crea entre los dos un espacio interpersonal, un "entre", que es la verdadera realidad. No son los sujetos aislados los que existen, sino los sujetos en

63. Id., *El hombre y la gente*, Espasa-Calpe, Madrid 1972, 182.

64. SAN AGUSTÍN, *Confess.* X, 27, 38. El texto de san Agustín se refiere directamente a Dios y dice: "¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!".

65. Cf. *¿Qué es el hombre?*, FCE, Madrid 1976, 140-151; Pedro LAÍN ENTRALGO, *Teoría y realidad del otro*, Selecta de Revista de Occidente, Madrid 1968², I, 257-280, sobre el pensamiento de Martin Buber, y el t. II, dedicado todo él al encuentro; Eduard KOVAC, *Rencontre avec l' autre. Les croyants des autres religions*, en *Spiritus* 138 (1995) 52-62; Alfonso LÓPEZ QUINTÁS, *El poder del diálogo y del encuentro. Ebner, Haecker, Wust, Przywara*, BAC, Madrid 1998.

66. Martin BUBER, *ib.*, 145

relación mutua, la intersubjetividad. Un niño arrojado a la soledad de por vida nunca llegaría a ser sujeto.

De esta realidad "entre" tenemos que partir si queremos comprender realmente el ser de la persona, si queremos tener comunidades auténticas, comunidades de personas auténticas. No estuvieron acertados los maestros espirituales de antaño, tan toscos en esta materia, tan maliciosos por otra parte, tan enemigos de las amistades⁶⁷; que con tanta inquina perseguían las relaciones personales y los afectos particulares, que eran para ellos asunto carnal, pura lujuria. ¿Qué es lo que pretendían, formar personas o destruirlas? De hecho, lo más personal quedaba raído, como en *La república* de Platón, como en el comunismo en nuestros días (se ama el partido, no a las personas; lo común, no lo particular), como en *Un mundo feliz* de Huxley, como en *1984* de Orwell.

5.2. *El diálogo con Dios al fondo*

Para los cristianos en ese ámbito del "entre", en ese encuentro de amor mutuo está, como realidad fundante, Dios, creador, que "es amor" (1Jn, 4, 8), al que Jesús invocaba con el nombre familiar de *abbá*, Padre. Ahí es donde le encuentran determinadas personas dotadas para ello.

"En todos los campos del espíritu humano hay una jerarquía de aptitudes. En la religión pasa lo mismo que en la música: hay talentos creadores, talentos receptores y otros, en fin, que de músicos no tienen nada. También en lo religioso hay "dotados" y "no dotados"; también aquí son muy pocos los que pueden tener experiencia religiosa inmediata y, por tanto, algo así como la potestad religiosa creadora por razón del vital descubrimiento del mundo religioso. [...Los] capaces de un contacto directo con lo divino son siempre una excepción. A muy pocos se manifiesta lo divino con evidencia; otros muchos son sólo receptores; no tienen experiencia inmediata de lo santo y, sin embargo, no están tan entumecidos como para no poder experimentar el encuentro mediante los hombres a quienes se les concede esa experiencia [...]. El diálogo de Dios con los hombres se lleva a cabo en el diálogo de los hombres entre sí. La diferencia en las aptitudes religiosas, que divide a los hom-

67. "Ninguna hermana abrace a otra, ni la toque el rostro, ni en las manos, ni tengan amistades en particular, sino todas se amen en general [...]. Este amarse unas a otras en general y no en particular importa mucho" (Santa Teresa de Jesús, *Constituciones*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 1979⁶, 642). Los agustinos destacan siempre el cultivo de la amistad en san Agustín, pero suelen olvidarse de las precisiones que el santo hace. No hay verdadera amistad si no está fundada en Dios. Al amigo hay que amarlo en Dios y sólo en Dios.

bres en "profetas" y en oyentes, les obliga a vivir juntos, a vivir para los demás"⁶⁸.

Alejarse de los otros y subir por no sé qué "secreta escala"⁶⁹ hasta Dios para abismarse en su contemplación, vaciado previamente de todo y de todos, también de sí mismo, como proponen los espirituales españoles del siglo XVI, y antes los renanos y los flamencos y una larga tradición que tuvo en Evagrio Póntico su expresión cimera, es antihumano y no es cristiano. Son vías místicas extrañas al cristianismo. La *fuga mundi*, que durante tantos siglos, demasados por desgracia, rigió la vida de los monasterios y conventos, combinada con la *fuga Ecclesiae*, no encuentra fundamento en el Evangelio. "Padre [...], no te ruego que los saques del mundo, sino que los protejas del Malo" (Jn 17, 15). "Id y haced discípulos de todas las naciones" (Mt 28, 19). Los textos del Nuevo Testamento son muchos y contundentes. Sea suficiente recordar la parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37) y el juicio de las naciones (Mt 25, 31-46). Hay que vivir con los demás; ahí y sólo ahí se encuentra a Dios, "Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre cariñoso y Dios que es todo consuelo" (2Cor 1, 3).

"El programa que Agustín propuso en su juventud – "Dios y el alma, nada más" – es irrealizable; más aún, no es cristiano. En último término, no hay religión en el camino solitario del místico, sino en la comunidad de la predicación y de la audición. El diálogo de los hombres con Dios exige y condiciona el diálogo de los hombres entre sí. Quizá el misterio de Dios sea ya desde el principio, aunque no siempre llegue a feliz término, la más apremiante exigencia de los hombres al diálogo"⁷⁰. El amor, el hacerse prójimo del

Es decir, se ama a Dios en el amigo. Por ningún otro motivo está justificada la amistad. Los afectos particulares, también entre padres e hijos, también entre esposos, hay que desarraigados por *carnales*. Hay que amar lo común, que es inmortal, el que sean hijos de Dios o puedan llegar a serlo; no lo individual, que es perecedero, el que sean padres, hijos o esposos. Eso que hoy llamamos valores humanos es pecado, obra de la *massa damnata*, del hombre empecatado por el pecado original y sus pecados personales. En una comunidad bien ordenada, y la virtud es "el orden del amor", nadie conoce afectos propios. Fuera, pues, la amistad tal como nosotros la entendemos (Cf. José Vega, *La convivencia según la Escuela Agustiniiana española del siglo XVI*, en *Estudio Agustiniiano*, 32 (1997) 314-317).

68. Joseph RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1979, 69-70.

69. San JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, 2, 1, en *Vida y obras de san Juan de la Cruz*, BAC, MADRID 1978¹⁰, 486-487; id., *Noche oscura*, 2, 17-21, *ib.*, 708-719.

70. Joseph RATZINGER., *ib.*, 70. La frase de san Agustín se encuentra en *Soliloquios*, 1, 2, 7: "¿Qué deseas, pues, conocer? [...] - Deseo conocer a Dios y al alma.- ¿Nada más?- Nada más en absoluto. [...] - Ninguna otra cosa amo sino a Dios y al alma". Felizmente, el Evangelio dio al traste con este programa neoplatónico.

necesitado, el ser solidario de los otros es lo que nos permite, lo único que nos permite, vislumbrar a Dios, porque nuestro amor es resplandor del suyo (Mt 5, 14-16). Si la realidad de Dios "es amor" (1Jn 4, 8), el hombre, hecho a su imagen (Gn 1, 26-27), está hecho para el amor. Por eso nuestra realidad, la realidad humana, es, ante todo, una realidad amorosa. Estamos con Dios por el mero hecho de estar con los demás y sentirnos hermanos. ¿Qué es eso de que el hombre está con Dios cuando, a solas con él, se abisma en su contemplación, entonces y sólo entonces, como dice Evagrio Póntico con otros muchos, y no cuando está atendiendo a un enfermo, por ejemplo? ¿Cuál de las dos opciones tiene realmente apoyo en el Evangelio? "¡Augusto misterio el del amor! La existencia del amor es lo que prueba la existencia del Dios Padre. ¡El amor!, no un lazo interesado ni fundado en provecho, sino el amor, el puro deleite de sentirse juntos, de sentirse hermanos, de sentirnos unos a otros"⁷¹. "Morir en Cristo es confundirse con los demás y llegar al toque de alma a alma"⁷². "Y no sentía al Dios vivo, que habita en nosotros, y que se nos revela por actos de caridad y no por vanos conceptos de soberbia"⁷³. Nadie como Emmanuel Levinas ha insistido tanto en este tema.

5.3. *La alteridad*

Pero este encuentro, no lo olvidemos, nunca será absoluto. Intentar desaparecer en el otro, fusionarse con él, es una empresa condenada al fracaso, porque niega la condición misma de persona, la cosifica. En la persona quedarán siempre zonas de sombra, un reducto incommunicable, un jardín secreto. Tengo que aceptar que el otro sea "otro", no yo. El diálogo es siempre un acontecimiento, una historia con sus luces y sombras, abierta siempre a un futuro más logrado. Un futuro hecho de coincidencias y de amistosas discrepancias que van creando espacios compartidos, cada vez más amplios, atopadizas galerías de luz. Pero un futuro siempre en un tris de malograrse, como todo lo humano. Un futuro con promesas de mieses en sazón, de plenitud que nunca llegará, porque está más allá de nuestra historia. Ser y parecer nunca coincidirán en el hombre. Es la marca de nuestra finitud. "Esta incapacidad funda nuestra historia, nos somete a ella, a cada una de nuestras historias, como tentativas, sin cesar retomadas y siempre condenadas al fracaso, de manifestar lo que somos. Cada uno de nosotros está condenado a la oscuridad

71. Miguel de Unamuno, *Diario íntimo*, Alianza Editorial, Madrid 1972², 55.

72. Id., *ib.*, 14.

73. Id., *ib.*, 15.

de esta historia"⁷⁴. "La historia confusa / y clara la pena", como de las canciones infantiles escribió Antonio Machado⁷⁵.

6. CARACTERÍSTICAS DEL DIÁLOGO

El diálogo del que aquí estamos hablando, tanto el diálogo en la búsqueda de la verdad como el diálogo del encuentro entre personas, para que pueda alcanzar su meta debe reunir ciertas características.

6.1. *Confianza*

Para que pueda haber diálogo auténtico es preciso que haya en él verdad en el sentido hebreo del término, es decir, confianza en las personas, seguridad de que serán fieles, de que cumplirán su palabra, de que no traicionarán. La confianza origina un diálogo abierto, cordial, sin trampas.

6.2. *Libertad*

La libertad debe señorear la palabra y el silencio. Cada uno debe sentirse libre para decir lo que piensa, seguro de que nadie se va a molestar ni él va a ser molestado. Libertad exterior, sin coacción de nadie. Libertad interior, sin miedos ni inhibiciones. La desconfianza de los interlocutores sobre el uso posterior de lo que allí se diga, el miedo a posteriores represalias, los reflejos inhibitorios creados por una educación deformadora, la incomodidad ostensible de algunos, cuando no su protesta airada, si se expresan opiniones que ellos no comparten, coaccionan la libertad si es que no la anulan. Libertad de opinar sin que haya temas tabúes, libertad de asentir y libertad de discrepar, sin la que el diálogo está de más.

6.3. *Igualdad*

En el diálogo, nadie debe creerse superior a los demás. Cualquier asomo de arrogancia envenena las relaciones de los participantes, y lo anula. Hay que respetar la dignidad de los otros y su derecho a ser diferentes, crear un ámbito habitable para todos. El más ignorante y perverso de los hombres vale más

74. Yves CATTIN, *Les cercles de solitude*, en *Lumière et Vie* 223, 34.

75. Antonio MACHADO, *Soledades*, VIII, en *Poesía y prosa*, edic. cit., II, 434.

que todas nuestras verdades, y nadie hay tan ignorante que no pueda enseñar algo desde su experiencia.

Esto no quiere decir que todo sea válido, que todas las opiniones sean iguales, legítimas. Es esta una de las mayores falacias de la posmodernidad. Todos tienen derecho a exponer sus opiniones, pero no todas tienen el mismo valor. No es lo mismo defender el derecho a la vida que la pena de muerte, respetar al que no piensa como nosotros que exterminarle. Hay que recuperar el orden y la jerarquía y la estima de lo excelente. Hay que comparar las diversas opiniones y saber elegir la mejor, la menos errónea, la más cierta, la más ajustada a la realidad de acuerdo con el mayor número de criterios objetivos manejables, la que se apoye en argumentos que la razón de cada cual juzga más sólidos. La dignidad de la persona y los derechos humanos están muy por encima de la beatitud del pluralismo cultural. Por mucho respeto que se tenga a las otras culturas, y hay que tenerlo, la ablación del clítoris es una aberración y, como tal, debe ser castigada por la ley.

Tampoco quiere decir que para dialogar hay que carecer de convicciones arraigadas, o renunciar a ellas, o estimar las ajenas más que las propias. Si así fuera, el diálogo estaría de más. Pero estimar las propias convicciones no quiere decir despreciar las ajenas, y menos despreciar al otro reduciéndole a objeto. Hay que conciliar la adhesión a las propias convicciones con la actitud de diálogo y apertura a los otros. La verdadera tolerancia descansa sobre convicciones fuertes. Son los débiles e inseguros los que no toleran al otro. La verdad de la que yo estoy absolutamente convencido no excluye toda otra verdad. Por el hecho mismo de su origen histórico, ni la excluye ni la incluye.

Que nadie se equivoque: no estoy defendiendo ni el escepticismo ni el relativismo. Lo que digo es que hay que buscar con los demás "una verdad más alta y comprensiva que la verdad parcial de cada uno"⁷⁶. Los que dialogan "van entrando, a medida que se logra la conversación, bajo la verdad de la cosa misma, y es esta la que los reúne en una nueva comunidad. El acuerdo en la conversación no es un mero exponerse e imponer el propio punto de vista, sino una transformación hacia lo común, donde ya no se sigue siendo el que se era"⁷⁷

A nadie se le oculta que esta igualdad de los dialogantes se rompe en el cristianismo con su afirmación de poseer la verdad absoluta y universal. Esta

76. Claude GEFFRÉ, *Pour un christianisme mondial*, en *Recherches de Science Religieuse* 86 (1998) 62.

77. Hans-Georg GADAMER, *Verdad y método*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1977, 458.

es la gran dificultad en el diálogo con las otras religiones. Debemos ser conscientes de que el pluralismo es un hecho incontrovertible y seguirá siéndolo, porque es inherente a la vida humana ¿No responderá el pluralismo religioso a un "insondable" (Rom 11, 33) proyecto de Dios, que ha sembrado las semillas del Verbo en todos los hombres, como ya dijeron algunos Padres de la Iglesia y ha recordado el Concilio Vaticano II?⁷⁸ Es la historia entera la que es historia de salvación. Lo sagrado está en la entraña de lo profano. Espesor de lo divino es lo humano cuando está en la onda del amor, y la materia es fuerza, energía, espíritu según la física actual. ¿La diversidad de culturas y religiones no manifestará mejor la polifonía de la Verdad, con mayúscula, mientras el hombre está en camino hacia ella? Quede meramente apuntado el problema, porque aquí no se trata del diálogo interreligioso, sino del diálogo.

6.4. Sinceridad

La palabra, en el diálogo, debe ser un signo diáfano, cristalino, a través del cual se vislumbra el interior del que la dice. La sinceridad es algo más que libertad para decir lo que se piensa; es decirlo sin recovecos ni intenciones tortuosas, que son ley en los diálogos diplomáticos. Es la transparencia en las relaciones personales.

Ahora bien, ser sincero es exponerse a recibir daños y perjuicios, un riesgo que muchos no están dispuestos a correr, sobre todo según van avanzando en años. La vulnerabilidad es una cualidad intrínseca de la vida humana. Los golpes recibidos pueden llevar al hombre a rodearse de conchas, cuantas más mejor. Es un error que se paga caro. Encerrarse en el propio caparazón "es una infidelidad a lo más propio de la persona, algo así como una mutilación, de profunda inmoralidad"⁷⁹. Vivir es estar abierto a la realidad, nutrirse de ella y nutrirse intensamente, aun a riesgo de recibir heridas. "El intelecto no tiene más excitante ni más gimnasia ni más sufrimiento que una peculiar y lujosa voluptuosidad por la verdad. Quien no sienta ese placer casi erótico de alargar la mano y palpar estremecido las formas deliciosas de una idea en que la realidad ha dejado impresas su seno y su mejilla, puede estar seguro de que a los treinta años se le parará la inteligencia"⁸⁰.

78. Cf. *Nostra aetate*, 2.

79. Julián MARÍAS, *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de vida*, Alianza Editorial, Madrid 1995, 88 y 107-112.

80. José ORTEGA Y GASSET, *El deber de la nueva generación argentina*, en *Meditación del pueblo joven*, edic. cit., 29-30.

6.5. *Respeto*

En el diálogo, los que hablan y los que escuchan son personas. Es preciso que, en el transcurso del mismo, no nieguen su condición de tales con gestos y palabras. El respeto mutuo a esta su condición debe resplandecer en todo momento. Nadie está en posesión de la Verdad con mayúscula, pero todos pueden poseer alguna chispita de ella, alguna verdad, por minúscula que sea. Nadie tiene la exclusiva. La actitud de dominio, el aire de superioridad, el tono agresivo, irónico o despectivo, el engolamiento, las afirmaciones dogmáticas, terminantes, que no admiten vuelta de hoja, el "díjolo Blas, punto redondo", están de más en el diálogo. La realidad excede siempre lo que se dice de ella. El que habla debe tener siempre en cuenta que lo que él dice no es la realidad, sino una interpretación de ella; no es la Verdad, sino "su" verdad. Entre su palabra y la realidad hay siempre una distancia insalvable, por muy próximas que estén. En consecuencia, al hablar debe dejar abierto un espacio para la respuesta, quizá discrepante⁸¹. "Quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa merecen también nuestro respeto y amor. Cuanto más humana y caritativa sea nuestra comprensión íntima de su manera de sentir con mayor facilidad podremos entablar el diálogo con ellos"⁸²

6.6. *Escuchar*

Oír (*audire*) es percibir un sonido; es algo natural, fisiológico. Escuchar (*auscultare*) es oír con atención y cuidado. "Oír", dicen los lingüistas, es el término no marcado (carece de la marca semántica "con atención deliberada"); por eso puede emplearse siempre en vez de "escuchar" ("le oían enfervorizados"), pero no al revés ("no escucho bien"). Escuchar es un acto voluntario, un acto de atención a lo que se está oyendo. Es atender y entender las razones del otro sin alterarlas ni manipularlas. Pide Job a sus amigos, en el comentario de fray Luis de León, que atiendan a lo que dice y no le tergiversen las razones. "Tornad a responder, yo os ruego; tornad más justicia mía en ella. Como diciendo: tornad a la disputa, respondedme a lo que dijere, y si queréis o justificar vuestra razón o conocer la que hay en la mía, no tenga parte la pasión en nuestra disputa; búsquese la verdad solamente, no me torzáis las palabras, no os ceguéis a mis voces obstinadamente, sino guardadme

81. Cf. André FOSSION, *L'initiation au Symbolisme en cathéchèse*, en *Lumen Vitae* 49 (1994) 386.

82. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 28.

justicia [...]. El sacar de sus quicios lo que se dice, y el torcerlo a lo peor, que es propio de lo que llamamos calumnia, y son obras que la porfía de la disputa suele hacer de contino: porque ciega con su calor la razón y hace que o no entienda o entienda diferentemente lo que el contrario nos dice"⁸³. Fray Luis de León habla desde su propia experiencia de acosado por los sabuesos del Santo Oficio so pretexto de religión. Queja frecuente de los perseguidos por la Inquisición era que no se leía lo que ellos habían dicho, sino lo que se quería encontrar en ellos: herejías. El proceso del arzobispo Carranza es un buen ejemplo de ello.

Escuchar es ser receptivo al otro, buscar su verdad, tenerla en cuenta. Quien le escucha es porque le estima. Escuchar es exponerse a descubrir que no estamos en la verdad; por eso somos tan reacios a escuchar. No escuchar es nuestro mecanismo de defensa. Pero el crecimiento personal es fruto de saber escuchar. Escuchar, cuando se trata del diálogo como encuentro, no es sólo oír con interés y atención al otro y entender lo que dice, sino dejar que se introduzca en nuestra vida, que se encuentre con nosotros y nosotros con él, comprenderse mutuamente: Es crear un estilo de vida, tan necesario en una sociedad del ruido y del sin sentido como la nuestra. Es un acto contracultural: ¡tan habituados estamos a hacer lo contrario!

Las sectas y los movimientos proselitistas huyen del diálogo como de un nublado. Exponen apasionadamente la verdad, su verdad, pero no están dispuestos a sentarse y escuchar. Quieren adictos, no razonadores. Aparentemente están muy seguros de lo que dicen; en realidad, no lo están y temen que les desmonten el tinglado dejándolo al descubierto su falta de fundamentación. Los dogmáticos no escuchan, condenan. El que cree saberlo todo no escucha. ¿Para qué? Nadie puede aportarle nada. No advierte la oscuridad en la que vive. "Me gustaría desear que en la ordenación presbiteral o en la consagración episcopal se les ungiesen, en primer lugar y de forma definitiva, los oídos, pidiendo a Dios la gracia de que el ordenando o consagrando fuese un buen oyente, a la escucha de la palabra de Dios y de los hombres"⁸⁴.

Pero no andemos buscando ejemplos fuera de nosotros. No escuchamos. Es esta una experiencia familiar a todos. "Cada cual la experimenta en sí mismo lo bastante si se percata de las ocasiones en que suele desoír o escuchar mal. ¿Y no es una de nuestras experiencias humanas fundamentales el no saber percibir a tiempo lo que sucede en el otro, el no tener el oído lo bas-

83. Fray Luis de LEÓN, *Exposición del libro de Job*, 6, 29, estudio, edición y notas de Javier San José Lera, Ediciones Universidad de Salamanca 1992, I, 278-279.

84. Bernhard HÄRING, *Proyecto de una vida lograda*, edic. cit, 108.

tante fino para "oír" su silencio y su endurecimiento? [*Nos escuchamos a nosotros mismos, estamos tan llenos de nosotros mismos que no somos capaces de oír al otro.*] Este es, en mayor o menor grado, y lo subrayo, el rasgo esencial de todos nosotros. El hacerse capaz de entrar en diálogo a pesar de todo es, a mi juicio, la verdadera humanidad del hombre"⁸⁵.

"Para dialogar, / preguntad primero; / después... escuchad"⁸⁶. Dialogar es escuchar, escuchar al otro, atender a lo que dice, estar pendiente de sus palabras, pensar sobre ellas. Una actitud no muy frecuente en nuestros días, más bien escasísima. En las clases de Juan de Mairena, había siempre un oyente, "el alumno especializado en la función de oír [...]. En esta clase, todos dialogamos a la manera socrática; muchas veces charlamos como buenos amigos, y hasta alguna vez discutimos acaloradamente. Todo esto está muy bien. Conviene, sin embargo, que alguien escuche. Continúe usted, señor García, cultivando esa especialidad"⁸⁷.

De Ortega y Gasset escribió su discípula María Zambrano: "Como es sabido, las personas pueden caracterizarse según en ellas predomine el ver y mirar o el oír y escuchar. Don José sabía hacer las dos cosas con igual perfección [...]. Sabía crear el silencio de donde nace la palabra; le veo ahora así, cuando se disponía a escuchar: se retiraba un poco como hacen los que escuchan música de verdad; echaba hacia atrás la cabeza y se replegaba sobre sí, pero lejos de crear con esta retirada un vacío, creaba un medio, un silencio flúido donde la palabra brotaba sin esfuerzo del interlocutor. Ningún balbuceo le parecía deleznable y cuando las palabras no alcanzaban la cumplida expresión recogía su tono, su ritmo. Se diría que escuchaba la palabra que anhelaba nacer, la que palpita ciega en el silencio.

Se le sentía adentrarse en un espacio íntimo, en un medio propio flúido y transparente como agua; una atmósfera en la que la inteligencia se mueve por ser a ella adecuada. "El lugar natural" de la persona, diríamos, donde la comunicación se establece sin fatiga alguna.

Y todo esto era así por algo que en él había muy de raíz. Caridad intelectual lo he llamado hace ya no sé cuánto tiempo. Caridad de la que surgió su vocación de pensador, que le hizo salir por los caminos tan de mañana. Mucho de esa luz debía de tener dentro [...]. Don José, cuando se internaba

85, Hans-Georg GADAMER, *Verdad y método II*, edic. cit., 209.

86. Antonio MACHADO, *Nuevas canciones, CLXI (Proverbios y cantares, II)*, en *Poesía y prosa*, edic. cit., II, 626.

87. Antonio MACHADO, *Juan de Mairena*, edición, introducción y notas de José M^a. Valverde, Editorial Castalia, Madrid 1972, 150-151 y *passim*.

en sí mismo, irradiaba mayor claridad, como si entrase en un lugar luminoso"⁸⁸.

No se escucha y, sin embargo, esta es la asignatura en la que todos nos especializamos desde el nacimiento, quizá incluso antes de nacer, salvo algún deficiente de oído. En la vida entramos de oyentes; de sentientes en general si usamos el neologismo zubiriano. No mucho después, hacia los tres o cuatro años, nos convertimos en preguntantes, y aburríamos a los mayores con nuestras preguntas sin fin. Pero luego vino la educación. Nos sentaron en los bancos de la escuela y nos enseñaron a enmudecer y a no oír y a no sentir y a no movernos, y nos convirtieron en vivientes disecados. Vinieron luego los sabios y nos trazaron los linderos entre el mundo exterior y el interior, entre el mundo sensible y el inteligible, y nos dijeron lo que era bueno y lo que era malo, bien deslindado para siempre, y no sé cuántas otras zarandajas. Es la educación, mejor habría que llamarla deseducación, que nos ha ido mutilando con mortificaciones y purificaciones en nombre de no sé qué secretos caminos hacia Dios.

Necesitamos recuperar la frescura de nuestros primeros días cuando éramos puro asombro ante la realidad, sensibilísimos radares, y siguiendo a los mayores íbamos dando nombre a las cosas, creando nuestro propio mundo. Porque no hay un mundo exterior y otro interior, ni un mundo sensible y otro inteligible; hay un mundo, *mi* mundo, y cada uno de los hombres tiene el suyo, como del Ángel de la Guarda decía el catecismo del P. Astete;

88. María ZAMBRANO, *Don José*, en *Ínsula* 119 (1955) 7. Número de homenaje a Ortega con motivo de su muerte. Fue prohibido por la censura. Se publicó en 1966. "No hace mucho existía en París una *Union pour la vérité*. Esta sociedad publicaba unos cuadernos donde los hombres de ciencia y de letras discutían entre sí, de espaldas al público, sin tolerarse vanos aspavientos, felonías ni otras ruindades inspiradas por el afán de quedar encima. Un rigoroso imperativo de veracidad presidía a la polémica. Yo pienso fundar en Madrid una sociedad parecida que se llamará "Diálogo". Sus miembros se reunirán un día a la semana para discutir sobre algún asunto. La controversia se recogerá taquígraficamente y se publicará a fin de que puedan participar en este canje espiritual personas lejanas. Una insolencia, una pedantería, una deslealtad, serán automáticamente castigadas con la exclusión (José Ortega y Gasset, *El deber de la nueva generación argentina*, en *Meditación del pueblo joven*, edic. cit., 30). "En mis escritos pongo, en la medida de lo posible, al lector, cuento con él, le hago sentir cómo me es presente, cómo me interesa en su concreta y angustiada y desorientada humanidad [...]. La involución del libro hacia el diálogo: este ha sido mi propósito [...]. He evitado siempre escribir *urbi et orbi*" (Id., *Prólogo para alemanes*, edic. cit., 15-16). Por eso, "los libros de Ortega son de tal índole, tan excepcionalmente vivos, inmediatos, dialogantes ("la involución del libro hacia el diálogo" fue su método), tan "circunstanciales", que *permiten su revivificación*. Leer a Ortega, si se hace a fondo y desde dentro, equivale a resucitarlo" (Julián Marías, *Ortega en 1980*, en *Cinco años de España*, Espasa-Calpe, Madrid 1982, 263); Id., *Ortega. Circunstancia y vocación 2*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1973, 86-91.

mundo que es a la vez exterior e interior, sensible e inteligible⁸⁹. No podemos amputarlo. Son dos aspectos de una misma realidad. El interior lo va creando cada uno con lo que hace y con lo que le pasa, es decir, con el exterior. Exterioridad e interioridad, interioridad y exterioridad. Sintamos, es decir, usemos los sentidos, escuchemos a los vivos y a los muertos, pensemos, deseemos, proyectemos... De ello, del cultivo integral de nuestra condición humana, depende el que no quedemos estancados, marchando en consecuencia hacia atrás, sino que progreseemos, crezcamos humanamente, seamos nosotros mismos. Continuemos nuestro aprendizaje de los primeros días –¿por que habríamos de interrumpirlo?–, nuestra formación. Esta es la verdadera formación permanente.

Necesitamos aprender a escuchar hasta hacer de la escucha una actitud natural, espontánea. Necesitamos vencer nuestras resistencias, dejar nuestros miedos, salir de nuestros prejuicios, dejar nuestras filias y fobias. La propia experiencia nos irá convenciendo de sus ventajas, del enriquecimiento que supone su práctica⁹⁰.

Escuchemos, escuchemos a los otros. Todos, también los desfavorecidos, tienen derecho a ser escuchados y a que se les dé la razón si es que la tienen (los cristianos decimos que son los primeros en el reino de los cielos; hemos hecho opción por los pobres, decimos, lo cual, no hay duda, luce mucho). "El signo distintivo del hombre de diálogo es que escucha lo mismo que habla y quizá mejor. El beneficio de la presencia atenta, como una hospitalidad espiritual, excluye el deseo de deslumbrar o de conquistar, excluye la pretensión de soberanía"⁹¹. Escuchemos a los otros, escuchemos a los muertos en los textos que nos han legado, dejemos que nos hablen, dialoguemos con ellos con rigor, sin concederles ventaja –que respondan ante el tribunal de la vida–; escuchemos la voz de la realidad, escuchemos la voz del silencio, el mejor de los maestros. Antonio Machado dijo de sí mismo: "Mi corazón no duerme. / Está despierto, despierto. / Ni duerme ni sueña, mira, / los claros ojos abiertos, / señas lejanas y escucha / a orillas del gran silencio"⁹². ¡Escuchar orillas del gran silencio! Los creyentes hablamos de escuchar a Dios.

89. Cf. Julián MARÍAS, *Antropología metafísica*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1973, 17-22.

90. Cf. Carlos ALEMANY, "Escuchar": *un arte complejo*, en *Sal Terrae* 83 (1995) 55-65; María Teresa SIMÓN, "Escuchar". *Las dimensiones y los efectos de una escucha atenta*, en *Sal Terrae*, 87 (1999) 193-203.

91. Cf. G. GUSDORF, *La parole*, PUF, Paris 1952, cit. por Pierre GIRE, *Retour au concept de personne*, en *Revue d'Éthique et de Théologie morale*, Le Supplément 195 (1995) 24 n- 13.

92. *Humorismos, fantasías, apuntes*, LX, en *Poesía y prosa*, edic. cit., II, 472.

6.7. Empatía

Dialogar es escuchar. Es mucho más. Es estar abierto al otro, se dice; pero hay muchas clases de apertura. El hombre está, desde su nacimiento, abierto al otro. Antes de caer en la cuenta de sí mismo, está ya habituado a los otros, dispuesto a contar con ellos, socializado. Ha tenido la experiencia básica de que hay otros, distintos de él. El hombre es, desde su nacimiento, quiera o no, altruista. Esta apertura al otro es algo constitutivo suyo, raíz de todas las posibles relaciones con él. Pero esta apertura metafísica al otro no prejuzga cuál va a ser el contenido concreto de la misma. "El robar o asesinar al otro implica estar previamente abierto a él ni más ni menos que para besarle o sacrificarse por él"⁹³.

El diálogo, en el sentido en que aquí lo estamos analizando, es apertura al otro, pero apertura cordial, de comprensión y comunicación amistosa. Es aceptar al otro en su alteridad, en su mismidad, única y distinta, irrepetible. Es aceptarse mutuamente los interlocutores, aceptarse unos a otros y a sí mismos; aceptarse en su realidad, tal como son, con sus virtudes y sus defectos; estimarse. Aceptar la realidad no es aprobarla si no merece ser aprobada, sino aceptarla, aunque no guste, y partir de ella hacia su perfeccionamiento. Desde la mutua estima, dialogar es mejorar la realidad común a todos; crear las condiciones para que cada uno pueda mejorar, perfeccionarse como persona, realizar su vocación. El diálogo es, en este sentido, empatía. El *Diccionario de la Real Academia Española* la define así: "participación afectiva, y por lo común emotiva, de un sujeto en una realidad ajena"; participación amorosa, entusiasta, en la realidad del otro, y, por lo mismo, perspicaz y fecunda. La edición actual (2001), más precisa, da esta definición: "Identificación mental y afectiva de un sujeto con el estado de ánimo de otro".

Dialogar es situarse en el punto de vista del otro, meterse en su piel, tanto al escuchar como al hablar. En ambos casos, es el otro el que me mueve. Esto que está claro cuando escucho, no es menos verdad cuando hablo. Al hablar, quiero llegar al otro, que me entienda. Las estrategias de las distintas clases de diálogo se organizan siempre desde el punto de vista del otro: se intenta ganarle para una causa, aconsejarle, ayudarle, enseñarle, dominarle, o, simplemente, comprenderle y que él me comprenda, intercambiar nuestros puntos de vista y enriquecernos. Ahora entendemos mejor lo que dice Ortega: "El *diálogo* es el *logos* desde el punto de vista del otro, del prójimo". ¿Cómo entraré yo en esa ciudadela que tengo enfrente?, se pregunta el que habla y no menos el que escucha. Aquí, en el diálogo del que hablamos, se trata de

93. José ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, edic. cit., 92.

entrar en son de amistad; de aceptarle y de que él me acepte; de conocer los distintos puntos de vista, las distintas maneras de ver un problema para llegar a un acuerdo si es preciso, o simplemente para seguir concordes en el desacuerdo; de conocernos mejor mutuamente, de reconocernos en esa esfera común del "entre", en esa realidad que nos ata, ¡con qué eficacia!, sin que sintamos sus cadenas, y que llamamos amor ⁹⁴.

6.8. *Hablar*

La palabra que nace de la escucha es palabra con sentido, palabra llena; hace progresar el diálogo y construye hermandad. Es palabra de encuentro y comunión, y ayuda a crecer. En el diálogo hay que respetar las reglas de la comunicación, de modo que esta sea comprensible. La claridad y la precisión son exigencias fundamentales. Se es claro exteriormente si hay claridad interior. La imprecisión revela falta de reflexión, improvisación, desorganización. Hay que evitar las palabras descontroladas y violentas, las descargas de adrenalina, que se traducen en agresividad verbal. Cuando se echa artillería al campo, es que faltan argumentos, decía Feijoo. La palabra debe brotar de la vida, de la propia experiencia, de la observación y meditación de las cosas concretas. "Yo soy poco capaz para las generalizaciones. Mi modesta verdad se ha formado en la observación y la meditación de las cosas concretas, las que yo directamente he vivido, y sólo sobre ellas me considero capacitado para hablar. Pero no creo que esto sea inconveniente [...], porque una pequeña verdad recogida en la vida es más útil que cien verdades recogidas en los libros"⁹⁵.

6.9. *Alternancia*

Esencial al diálogo es la alternancia. El que habla y habla, dejando curso libre a la torrentera de sus palabras, no dialoga; monologa. Se extenua en vano en un monólogo agotador que nada dice. En realidad, no encuentra nunca a los otros y, en consecuencia, nunca se encuentra a sí mismo. Es la vacuidad en persona. En la novela rusa de la segunda mitad del siglo XIX, los

94. Cf. Edith STEIN, *Sobre el problema de la empatía*, Universidad Iberoamericana, México 1995. Fue su tesis doctoral bajo la dirección de Edmund Husserl. No he podido consultarla.

95. Gregorio MARAÑÓN, *La vocación*, en *Obras completas*, Espasa-Calpe, Madrid 1967, III, 987.

personajes hablan sin cesar, en una especie de borrachera verbal. "Se tiene la impresión de que se habla sobre todo por `hablar`, por el placer –o acaso el alivio– de la palabra. Quizá no importa demasiado lo que se dice"⁹⁶. Los personajes de Marguerite Duras se quedan siempre fuera de los otros, precisamente por su verborrea. Se ahogan a sí mismos en su monólogo fluvial. "No estamos nunca en un universo de comunicación de persona a persona, de diálogo verdadero [...]. Los personajes de Duras no encuentran nunca realmente a los otros; quedan fascinados por ellos, pero no se encuentran en ellos"⁹⁷. La comunicación de persona a persona es admirable, en cambio, en la gran obra maestra que es el *Quijote*, precisamente por el arte inigualable de sus diálogos.

Cuando son varios y hablan todos a la vez, no dialogan. "Jamás en la historia del mundo ha habido más diálogos, más reuniones, más mesas redondas. Donde todos hablan y casi nadie dialoga [...]. La conversación ya no es un diálogo, sino un amontonamiento de frases hechas [...]. Ya nadie escucha. El arte de escuchar ha desaparecido"⁹⁸. "¡Cuántos Capítulos Generales degeneran en discusiones interminables porque todos hablan y no hay quien escuche!"⁹⁹. Cencini habla del efecto "cucú". Algunos intervienen con regularidad, cada cierto tiempo, sin tener en cuenta para nada lo que en ese tiempo se ha dicho, como el cucú de ciertos relojes sale puntualmente de su escondite para cantar las horas que pasan. "Desgraciadamente no parecen en peligro de extinción"¹⁰⁰.

Tampoco dialoga el que se limita a escuchar. El diálogo exige escucha atenta y palabra ceñida, saber escuchar y saber hablar. De su equilibrio depende el diálogo inteligente y enriquecedor. "Hable poco, y en cosas que no es preguntado no se meta"¹⁰¹. Mal consejo, aunque venga de un santo. No es el camino para hacerse persona.

Persona es alguien con capacidad para responder y llamar. Respuesta y llamada pertenecen a su estructura, que es por eso dialogal. No estamos aquí en el mundo de las ideas, sino en el de los hombres de carne y hueso, de las personas. Es la persona en su integridad la que responde y la que llama. "Por

96. Julián MARÍAS, *Demonios*, en *Blanco y Negro* 10-12-89, 10.

97. Charles MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Editorial Gredos, Madrid 1995, VI, 55.

98. Juan ROF CARBALLO, *Los sueños, la fantasía y el diálogo*, en *ABC* 7-6-86, 57.

99. Amedeo CENCINI, *Vida en comunidad: reto y maravilla*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1997, 176.

100. *Ib.*, 176 n-98.

101. San JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de luz y amor*, 140, en *Vida y obras de san Juan de la Cruz*, edic. cit., 419.

el hecho de que el otro existe, de que está ahí delante de mí, su misma presencia es llamada, exigencia de reconocimiento y de amor. No es posible dejar de responder: lo acepto o lo rechazo"¹⁰².

El pensamiento es esencialmente diálogo. Sócrates rechaza el monólogo de los sofistas y hace de sus oyentes interlocutores. Las ideas van precisando sus contornos a fuerza de breves acosos alternativos entre él y su auditorio. Con el diálogo, se va creando entre ellos un espacio común de coincidencias y de discrepancias razonadas, un patrimonio común de convicciones y afectos. De muchas almas se hace una sola y un solo corazón de muchos corazones. "A la postre, sobre aquellos que conversan se alza una divina identificación. La verdad los transustancia y de dos se hacen un solo hombre, el Hombre"¹⁰³.

La carta de san Agustín a Gayo expresa bien lo que es la alternancia en el diálogo. "Recuerdo que, siendo admirable tu ardor inquisitivo, no se alteró la moderación en la disputa. Difícilmente hallaría persona de más viveza en las preguntas ni de más sosiego en la escucha [...]. Te exhortaría a seguir buscando si no me pareciera estar viendo las bocas anhelantes de tu corazón"¹⁰⁴. Pero, como dice el refrán, una cosa es predicar y otra dar trigo. Agustín fue, sin duda, un excelente conversador. "En la mesa le gustaba más leer y conversar que comer y beber"¹⁰⁵. Pero fue también un gran polemista. Lo que el polemista pretende es acorralar al adversario, no darle tregua, desfigurar su pensamiento, ridiculizarlo, formular desafortadamente el propio. Todo le es lícito con tal de poder lanzar su quiquiriquí de triunfo, clavados sus espolones en el enemigo caído en tierra. Las polémicas de Agustín con los maniqueos, los donatistas y los pelagianos no estuvieron exentas de estos defectos, lo mismo que algunos textos en que dejó correr su ardimiento apostólico. La tolerancia y el diálogo brillaron por su ausencia.

6.10. *Silencio*

Las palabras suenan fuera, pero arrancan desde dentro del hablante y terminan, si hay comunicación, dentro del oyente. Es aquí, dentro del oyente, donde se produce el verdadero diálogo. Es aquí donde se realiza la auténtica

102. Joseph GEVAERT, *El problema del hombre*, edic. cit., 65.

103. José ORTEGA Y GASSET, *Vejamen del orador*, en *Mocedades*, Espasa-Calpe, Madrid 1974⁷, 124; Cf. Id., *El deber de la nueva generación argentina*, en *Meditación del pueblo joven*, edic. cit., 28-29.

104. *Ep.*, 19.

105. POSIDIO, *Vita*, 22. "Una vez, estando y conversando con él a la mesa, nos dijo [...]" (Id., *ib.*, 29).

abertura al otro. De lo contrario, será un diálogo de sordos; dos monólogos que se interrumpen alternativamente. Como es en el interior del lector, no fuera de él, donde de verdad se da el encuentro con el texto que está leyendo y, en consecuencia, es ahí donde se produce el significado. Lo espontáneo es pensar que este está contenido en el texto que se lee como lo está el agua en un vaso ("vasos selectos y preciosos"¹⁰⁶ llamó san Agustín a las palabras con expresión que hoy juzgamos desafortunada) y, por tanto, que no hay más que un significado, igual para todos. Pero esto no es verdad. Por eso caben tantas interpretaciones de un texto como lectores tiene. Lo importante es que no sean caprichosas, sino que estén fundadas en el texto. Lo importante en una conferencia, en una clase, en una homilía o en cualquier otro acto de comunicación no pasa fuera, sino en el interior de los oyentes, en el diálogo silencioso que estos mantienen con el hablante¹⁰⁷. Si alguien me recrimina una acción y yo rechazo su advertencia airadamente, no ha habido en realidad diálogo. El diálogo exige que yo reflexione sobre lo que me ha dicho, que analice su contenido; que me pregunte en mi interior sobre sus razones; que le exponga las mías si ha lugar a ello; que acepte o rechace su advertencia razonadamente.

"El diálogo tiene lugar entre dos personas, pero solo en apariencia. Debo aceptar la voz ajena como parte de mi diálogo interior. Tengo que convertir aquella voz exterior en habla interna. Decirme a mí mismo lo que me ha dicho desde fuera y prolongar su significado"¹⁰⁸, como se prolonga, allá en el fondo del pozo, la palabra gritada desde el brocal. Son las llamadas *resonancias* de la palabra. El buen conferenciante y el buen predicador no son los que pasan a los oyentes con la torrentera de sus palabras, sin darles un respiro, sino

106. San AGUSTÍN, *Confesiones*, 1, 16, 26.

107. Al final de la lectura del evangelio en la misa, el lector levanta el libro y se lo muestra a los fieles, a la vez que les dice: "¡Palabra de Dios!", como si la palabra de Dios estuviera encerrada en el libro. En algunas casas, a la entrada, hay una Biblia abierta sobre un atril y en algunas hasta con luces. De ahí a la biblología no hay más que un paso. Hoy sabemos que la obra literaria no está en el libro. La obra literaria se consume en el lector. La palabra surge como expresión de vida y acaba en sus pocos o muchos oyentes (o lectores) también como expresión de vida. Su eficacia está en la resonancia que encuentre en ellos. El texto no es la obra, es un mero transmisor entre el autor y el lector, el soporte material de aquella, no más. ¡Cuánto más podremos decir esto de la palabra de la Vida! El libro de la Biblia se limita a registrar las palabras de unas vidas de las que se dice que fueron palabra de Dios, y el lector desea que esas palabras caigan, "como simiente en tierra buena" (Mt 13, 23), en los oyentes, y que sus vidas sean también palabra de Dios. "Sea esta en vosotros palabra de Dios".

108. José Antonio MARINA, *Ética para náufragos*, edic. cit., 159.

los que siembran su discurso de *silencios activos* para que la onda verbal amplifique sus vibraciones en el interior de cada uno. Lo que distingue una buena homilía del palabrerío es, sobre todo, el sabio manejo de los silencios. El buen escritor, el clásico, aquel al que siempre se vuelve, sugiere, dice siempre mucho más de lo que dice. Por eso es inagotable y nos sorprende en cada nueva lectura. El arte de la palabra lleva implícito otro mucho más difícil de manejar, el del silencio, donde los significados se adensan y recobran su fuerza primigenia, auroral.

¿Comunicarse? Sí. ¿Dialogar? Sí. Pero también silencio y soledad para que lo comunicado salga lleno de sentido, y de sentido se llene al ser recibido. La palabra para dejar huella necesita brotar de las entrañas del alma, como el río de las profundidades de la tierra, y, una vez dicha, adentrarse de nuevo en ellas. "Sentado en esta piedra, vivo el silencio; un silencio venido de tan lejos, espeso de tantos silencios, que en él cobraría la palabra un fragor de creación. Si yo dijera algo, si yo hablara a solas, como a menudo hago, me asustaría a mí mismo"¹⁰⁹. En los buenos escritores, sobre todo en los grandes poetas, descubrimos siempre "que las palabras sólo se justifican por el silencio que nace con ellas, con las más verdaderas, al menos, y que no hay una sola palabra honda que no nos pertenezca a todos"¹¹⁰. "De su corazón sacarán palabras", dice el libro de Job. Comenta fray Luis de León: "Entiéndese, en las obras que dejaron escritas. Y dice bien que sacarán no de la boca, sino del corazón, las palabras, porque las escrituras que por los siglos duran, nunca las dicta la boca: del alma salen, adonde por muchos años las compone y examina la verdad y el cuidado"¹¹¹. Salen del alma del hablante, que las ha escuchado venir de lejos, maduradas de silencios de siglos, y entran en el alma del oyente para fructificar, incontenibles, en el silencio meditativo.

Confianza, libertad, igualdad, sinceridad, respeto, escuchar, empatía, hablar, alternancia, silencio. Estas son algunas de las características, imprescindibles, para que el diálogo sea búsqueda de la verdad y encuentro de personas. En el fondo de todas ellas está, no lo olvidemos, el *amor*. De él surgen, en ellas se manifiesta. De un diálogo así, las personas salen enriquecidas, transustanciadas, mejoradas en su ser. No hay tarea más noble.

109. Alejo CARPENTIER, *Los pasos perdidos*, Debate, Madrid 1991, 94.

110. Andrés TRAPIELLO, *Manuel Machado y su circunstancia*, en *ABC Cultural* 10-2-2001, 11.

111. *Exposición del libro de Job*, 8, 10, edic. cit., I, 314.

7. CODA

Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura
ché la diritta via era smarrita.

"A la mitad del camino de nuestra vida, me encontré en una selva oscura: había perdido el camino recto". Así comienza la *Divina Comedia*. Tal es también nuestra situación al doblar el cabo del siglo XX. Nos encontramos extraviados, sin brújula, en un mundo nuevo, en una *terra incognita*. Nos hemos perdido en la selva del existir. No es la primera que esto sucede. La vida humana es movilidad, cambio. Sólo al hombre le suceden estas cosas. Sus categorías mentales no han sido siempre las mismas. No sólo nuestros contenidos espirituales son otros que los que tenían los que nos precedieron, pongamos como línea divisoria por lo que hace a los católicos el Concilio Vaticano II, sino que el aparato espiritual, la forma mental, es también distinto. Tenemos distintos ojos mentales y oídos distintos. ¿Cómo encontrarnos de nuevo? Como siempre se ha hecho: recogiéndonos en nosotros mismos, ensimismándonos, pensando, forjándonos ideas nuevas desde un mundo nuevo, alerta la mirada, en diálogo con los otros. El pasado es nuestra riqueza, no lo tiremos por la borda; pero ¡cuidado con el pasado! Estamos lejos, muy lejos de Descartes y de Leibniz, pero mucho más lejos de santo Tomás y de san Agustín y de Aristóteles y de Platón; nada digamos del padre Abrahán y de los mitos de los orígenes. No permitamos que sus cadenas nos aherrojen, no permitamos que gobiernen nuestras vidas. Seamos nosotros, nosotros mismos.

José VEGA
Estudio Teológico Agustiniانو
Valladolid